

AREVACON

Nº 41
2021

REVISTA CULTURAL
ASOCIACIÓN DE AMIGOS DEL MUSEO NUMANTINO

NÚMERO 41 - 6 Euros



DESPOBLADOS DE SORIA II

DESPOBLADOS

ÍNDICE

- 4 SORIA Y LOS DESPOBLADOS
Marisol Encinas Manchado
- 13 LA RUTA DE LOS DESPOBLADOS DE TIERRAS ALTAS. DESCUBRIR Y SOÑAR VEA
Eduardo Alfaro Peña
- 26 LA BARBOLLA, UN PUEBLO DESHABITADO
Luis C. Pastor Laso
- 42 EL DESPOBLADO DE MAZALACETE (CIHUELA)
Vicente Alejandro Alcalde

Fotografía portada: La Pica. Foto aérea Marka Diseño y Publicidad

Ficha técnica:

© ASOCIACIÓN DE AMIGOS DEL MUSEO NUMANTINO
Paseo del Espolón 8. 42001 Soria. Tfnos. 975 22 13 97 - 681 323 006
e-mail: amigomuseonumantino@gmail.com
Coordinación: Maribel Zapatero y M^a Luisa Revilla

Maquetación: Marka Diseño y Publicidad
Impresión: Gráficolor imprenta (Soria)
DL: SO 85/1981
ISSN: 2254-1888



DE SORIA - II

EDITORIAL

Dedicamos un nuevo número de AREVACON a Despoblados de Soria, para el que hemos contado con la colaboración de investigadores expertos. En este caso, se incluye también un artículo general, que plantea un esbozo histórico de la evolución del fenómeno de la despoblación en la provincia, para contextualizar mejor el resto de contenidos y poder tener una visión de conjunto del proceso.

Si bien cada uno de los despoblados tiene entidad independiente, se han seleccionado diferentes zonas de la provincia, para poder valorar similitudes y diferencias.

La valiosa tarea que está desarrollando el grupo de trabajo sobre Despoblados de Soria, constituido por varios miembros de la Asociación, servirá para inventariar, sistematizar y dar a conocer un amplio número de ellos, con una doble finalidad: recopilar información que está a punto de perderse definitivamente, y ponerla a disposición de investigadores e interesados a través de una web que se está elaborando y que verá la luz próximamente.

Se trata, en cualquier caso, de una modesta contribución de este Colectivo para el conocimiento y difusión de una parcela del Patrimonio Cultural.



SORIA Y LOS DESPOBLADOS

Marisol ENCINAS MANCHADO

A peste, fame et bello, libera nos Domine

Las hojas que siguen no tienen por objetivo más que poner por escrito algunas ideas que nos han salido al paso en la búsqueda de respuestas al interrogarnos por los tiempos actuales. Desde luego, una época como la que nos está tocando vivir da pie a reflexionar sobre la propia existencia. El deseado resurgir de la crisis en la que se sumió España hace algo más de una década quedó truncado en 2019 por una terrible pandemia de escala planetaria. Difícil contexto nacional y mundial. Como no puede ser de otro modo, cada territorio participa de esas líneas generales respondiendo a las circunstancias como mejor pue-

de, utilizando los recursos que el pasado y el presente han puesto a su disposición.

Es precisamente este ambiente pandémico el que ha dado lugar a pensar, entre otras cosas, sobre cómo vivimos hoy. Considerando la situación que se estaba viviendo en el periodo de estricto confinamiento, parecía que una de las vías que podía tener fuerza en un futuro inmediato era la vuelta de la población a los pueblos, a los espacios verdes y abiertos en contacto con la naturaleza, en detrimento de las aglomeraciones urbanas. Quizá en el momento en que se escriben estas líneas, en verano de 2021, cuando no hace mucho que pasaron los puntos más agudos de aquella época, aún es pronto para comprender a qué velocidad actúa el olvido o en qué medida incide el recuerdo. Aun así, aquella



Albocabe.

reflexión daba lugar a plantearse qué puede pasar en la que, en los últimos tiempos, viene denominándose “España vaciada”: ¿volverá a “re poblarse”? Es decir, la pandemia ha puesto de nuevo sobre la mesa el ya largo debate en torno a la despoblación.

Tratando de esbozar algunas pinceladas sobre el territorio soriano desde esa perspectiva, nos encontramos con una zona montañosa y ganadera al norte que recientemente ha sido fotografiada por José Manuel Navia para un artículo en *Nathional Geographic*, donde aparece la comarca de Tierras Altas como “*uno de los lugares más despoblados de España*”. En el centro de la provincia hallamos una rica tierra agrícola, donde cada vez es más frecuente que un solo agricultor trabaje las tierras de todo un pueblo en

el que no reside. Hacia el sur, descubrimos algunos pueblos que se han quedado desconectados de las principales vías de comunicación y telecomunicación, como se puso de manifiesto en la prensa nacional a finales del año pasado a cuenta de lo sucedido en Barcones, cuando, en plena pandemia, se implantó el servicio médico telefónico al tiempo que el pueblo estaba desconectado, sin red fija ni móvil para hacer llamadas.

Desde el punto de vista histórico, debemos considerar que los cuatro hitos citados han ido impactando en la demografía a lo largo del tiempo. En efecto, han existido otras pandemias (peste, cólera...) o, incluso, algunas plagas. Tampoco es desconocido el tradicional vínculo de la zona montañosa ganadera con la Mesta o la carretería. Del



Boñices.

mismo modo, no sorprenden los cambios agrícolas, donde las pequeñas propiedades han ido amalgamándose hasta poder hablar de latifundios. Y, por supuesto, también es conocido el hecho de la constante reorganización de la población en torno a nuevos polos de atracción.

Tras un minucioso análisis, D. Gonzalo Martínez Díez (1983) situaba en las tierras de la actual provincia de Soria, *grosso modo*, unos 370 despoblados que, tradicionalmente, suelen asociarse con los tiempos medievales. Sin embargo, y dado que la reorganización de las poblaciones humanas en el territorio, en función de las necesidades y de los recursos disponibles, se ha dado desde que el ser humano dio el primer paso, nos preguntamos si todos aque-

llos pueblos perdieron su población en la Edad Media. En esa búsqueda, llegó a nuestras manos la edición póstuma del texto que D. Enrique Díez (2019) dedicó a la repercusión que tuvo en Soria la política imperial durante los ss. XVI y XVII, y ello nos indujo a releer su ya canónica obra sobre los despoblados sorianos (DÍEZ Y GALÁN, 2012). Resulta tan iluminadora que creemos de interés condensar las ideas por él trazadas en un escueto recorrido diacrónico, invitando al lector a (re)leer su obra a la luz de los tiempos actuales. Sirva, pues, como homenaje a la labor de este incansable historiador de la tierra soriana y como piedra de toque para plantearnos si la realidad que vivimos es algo actual o tiene antecedentes rastreables.

La despoblación en la tierra soriana: un escueto recorrido diacrónico

ss. XIV y XV

El s. XIV estuvo marcado, en su segunda mitad, por una terrible epidemia de peste. Sus consecuencias sobre la población soriana no quedan claras, ya que para algunos investigadores no afectó demasiado y otros atribuyen a su impacto la primera despoblación de algunas aldeas.

En este contexto hay que tener en cuenta lo que se consideraba “despoblado”, ya que no era necesario que todos los habitantes abandonaran el núcleo, sino que hubiera pocos, concretamente menos de 5. Estos “*derraygados*” se caracterizaban por tener casas no habitables, iglesia derruida y 1 o 2 vecinos, pero esa escasa población podía ser una situación temporal. En algunos casos, se trataba de molinos o simples granjas que se mantuvieron con escasísima población hasta el s. XIX.

¿Qué pasó con esos “despoblados”? La tierra de Soria se caracterizaba por un parcelario fragmentado con una doble gestión, ya que se combinaba la propiedad privada con el uso gratuito de terrenos comunes de realengo. En algunos de aquellos despoblados se produjo un primer relevo en el momento que un Señor, por usurpación o concesión real, empezó a explotar todo el término con renteros o colonos. Algunos de aquellos magnates se hicieron muy fuertes, como los Medranos en la casa fuerte de San Gregorio. En otros lugares pudo suceder como en Castellanos del Campo, que parte de su término fue ocupado por los pueblos vecinos, Pozalmuro y Jaray.

Mientras tanto, en el norte de Soria, importante núcleo de ganaderos de la Mesta, se vivía tal aumento de la población que se buscaban los modos de incrementar las tierras de cultivo. Al tiempo, se empezó a producir un trasvase de gente de tierras de señorío a las de realengo por los privilegios que suponían, en estas últimas, la concesión de tierras, casa, pastos y madera.

ss. XVI - XVII

La peste hizo presencia de nuevo desde mediados del s. XVI y parte del XVII, añadiéndose en esta última centuria una plaga de langosta.

En el ámbito económico, en Soria y su tierra empezó a despuntar cierta producción textil, mientras que en el pilar agrícola se produjeron cambios sustanciales que derivaron en emigración. La Corona, con dificultades económicas y embarcada en guerras, empezó a vender tierras baldías. De este modo, aquellos que antes hacían uso gratuito de bienes comunes se vieron en la situación de tener que emigrar. En otros casos, uno o varios vecinos compraron las tierras, hipotecando su futuro. De esta difícil situación tampoco se libraron los personajes más influyentes del municipio soriano, algunos vinculados a la Mesta: las adquisiciones que en el s. XV se hacían para agricultura, en la siguiente centuria las realizaron los ganaderos, algunos tan empobrecidos al finalizar el siglo que tuvieron que vender o arrendar sus heredamientos.

En el s. XVII las guerras llevarían a un aumento de los compromisos militares y fiscales, recayendo la mayor carga impositiva sobre los más humildes. La emigración en curso llevó a pagar los mismos impuestos entre menos gente. A ello se sumó una crisis agrícola por un ciclo de frío y sequía, lo que derivó en carestía de cereal, con los consiguientes aumentos de precios y especulación. En 1614 la necesidad era enorme: “*acuden muchos pobres, especialmente muchos jóvenes a esta ciudad de Soria desde algunos lugares de la Tierra, los cuales andan desnudos y descalzos, duermen en las calles por los suelos*”.

Los emigrantes sorianos se dirigieron hacia Navarra y Aragón, donde los impuestos eran más bajos. Se estima que esta emigración redujo el 43% la población de Soria.

s. XVIII

Las citadas enajenaciones de tierras realizadas por la Corona supusieron que, a estas alturas, se dieran situaciones singulares, como demuestra el hecho de que, mientras una familia podía vivir con 12 hectáreas, los condes de Gómara o el marqués de Vilueña poseyeran más de 2.000.



La Pica.

Por otro lado, en el norte de la provincia, las aldeas empezaron a asimilar términos en un ambiente de luchas por los pastos de realengo y del aprovechamiento de las dehesas comunales en un territorio eminentemente ganadero. En esta zona, la crisis de subsistencia hizo que se pusieran en cultivo más tierras, roturando términos comunes de antiguos despoblados, lo que despertó la queja de los ganaderos, que necesitaban más pastos por el aumento de cabezas de ganado.

s. XIX

El siglo estuvo marcado por las guerras y las desamortizaciones. Si las primeras provocaron innumerables pérdidas, las segundas pusieron en circulación cientos de bienes muebles e inmuebles, incluidas tierras. Algunos campesinos se hipotecaron por comprarlas en las subastas. A ello deben unirse los efectos de cuatro epidemias de cólera.

La emigración se canalizó no sólo desde los pueblos hacia Soria capital, sino también desde estas tierras hacia el sur de la Península y América.



Castellanos del Campo.

s. XX

Los cambios socioeconómicos de finales del s. XIX y principios del XX provocados por la industrialización se encontraron en Soria con una agricultura y ganadería no competitivas.

Pasada la Guerra Civil, el intenso crecimiento demográfico de los años 60 se canalizó, en parte, a través de la emigración. La búsqueda de trabajo en servicios e industria, en aras de conseguir cierta estabilidad familiar, supuso la salida de población hacia otros puntos de España (Navarra, País Vasco, Madrid, Barcelona, Valencia...) o

hacia Europa. De este modo, en esos años se produjo el mayor hundimiento demográfico de las aldeas de buena parte de Soria.

Algunas reflexiones y varias preguntas

A la luz del esbozo previo, no deja de ser llamativo que la mayor despoblación del territorio soriano se haya producido en el siglo pasado. Por eso, muchos de los lectores habrán vivido el hecho en su propia persona, o en



Escarabajosa.

su entorno inmediato, con una de sus consecuencias más reseñables: la emigración. Esta salida de la gente de los pueblos, unida a los cambios socioeconómicos, hizo que, entre otras cosas, muchas costumbres y tradiciones se fueran relegando al cajón del recuerdo, aún hoy atesorado en la memoria de sabias gentes casi centenarias que son un verdadero libro abierto sobre nuestra historia contemporánea. Ahora ya no se alejan las procesiones un kilómetro del pueblo para subir a un cerro a fin de bendecir los campos

porque, como cuentan en algunos sitios, *“la gente ya es mayor”*. Antes la población se reunía el día de fiesta y ahora la fiesta se cambia de día *“para cuando hay gente”*. Cuando no se han perdido, las tradiciones se van modificando para ajustarlas a los nuevos tiempos ¿Es esto exclusivo de nuestros días?

Aquel declive demográfico parece no haber sido un momento puntual de los años 60, sino que, con altibajos, ha llegado hasta la actualidad. En el informe publicado en

febrero de 2021 por Funcas ¹, donde se retrotrae el inicio de dicho proceso en Soria a la década de 1910, se concluye que “*el fenómeno de la despoblación ha sido, en algunos casos, devastador. Excluyendo las capitales, provincias como Teruel, Zamora, Palencia, Ávila y Cuenca han perdido más de la mitad de su población y Soria casi dos terceras partes. El resultado es que, excluyendo las capitales, Soria (4,9 habitantes/km²), Teruel (6,8) y Cuenca (8,7) cuentan con una densidad de población que las coloca entre las áreas menos pobladas de la Unión Europea*”. Además, señala que la mayoría de la población que emigra de los núcleos rurales y medianos son los jóvenes, de modo que la población que permanece en ellos es cada vez más envejecida. ¿Volverán a llenarse los pueblos de gente joven?

No puede analizarse el tema contemplándolo como si fuera una foto fija, sino desde una perspectiva dinámica. Pensemos si no en toda la gente que veranea en los pueblos y en las personas que, residiendo habitualmente en esos núcleos, por trabajo o estudios, se desplaza puntualmente a otras localidades mayores. De alguna manera son residentes “temporales”. Por ello, cabe plantearse un par de preguntas: ¿cuántas personas duermen en determinados pueblos todas las noches de febrero?; ¿y en agosto?

Por otra parte, conviene recordar que no es lo mismo lugar despoblado que poco poblado. La RAE define al primero como “*desierto, yermo o sitio no poblado, y especialmente el que en otro tiempo ha tenido población*”. Es decir, incide en la ausencia de personas. No deja de ser curioso que, durante mucho tiempo, se considerara que estas tierras sorianas fueron en los primeros compases medievales un “desierto estratégico”. Este argumento historiográfico invisibilizaba a unas personas que, evidentemente, poblaban este supuesto yermo. ¿Cómo entender, si no, la existencia de exáricos que trabajaban el campo de Gómara, por lo menos, en el s. XII?

Hoy no puede omitirse que hay cientos de personas que viven en este territorio poco poblado. Desde luego, vivir no consiste solo en “estar en”, sino en desarrollar la propia existencia, lo que guarda relación con el acceso a recursos y servicios. En un mundo cada vez más global e interconectado, este acceso requiere la existencia de buenas comunicaciones y telecomunicaciones. El mundo digital, que supuestamente nos une y evita desplazamientos inne-

cesarios, a veces consigue lo contrario, porque su efectividad depende de la posibilidad de saber y poder acceder a las herramientas necesarias para realizar el trámite en cuestión. Hay quien puede echar de menos acudir a un lugar físico para solventar el trámite que pretende hacer, aunque sea desplazándose. Algún día la interminable A-11 se convertirá en una nueva espina dorsal para este territorio pero, mientras tanto, es evidente que, como hace décadas, muchos de los servicios básicos llegan a las poblaciones menores sobre ruedas, desde los libros hasta el pan. No deja de ser paradójico que al tiempo que muchos alimentos llegan al entorno rural soriano en estos “colmados” móviles, complementando la producción hortícola, se pretenda implantar en ellos macro-granjas que, según defienden algunos, impulsarán el empleo de este territorio “despoblado” ¿Es esto cierto?

Así pues, las cuestiones estructurales y temporales se mezclan para dar lugar a un territorio escasamente poblado, por lo que la situación no obedece a un único factor sobre el que se pueda incidir para erradicarlo. La despoblación tiene largas raíces ramificadas en asuntos demográficos, económicos, históricos, políticos... En ella confluyen causas pasadas y presentes tan diversas y complejas que, a veces, se da el sinsentido de entrar en un círculo vicioso: a las compañías telefónicas no les compensa poner una antena en un núcleo con pocos habitantes al tiempo que hay gente que descarta residir o abrir un negocio en esos núcleos porque no tienen acceso a línea móvil e internet ¿Cuál es la solución?

Hoy podemos contar por decenas los pueblos despoblados. Algunos permanecen ocultos y solo son conocidos por la reja del arado. Otros aún muestran sus casas abandonadas y sus iglesias sin campanas, esas que antaño marcaron el ritmo vital de sus antiguos habitantes. Aunque no podemos entender la historia sin esos pueblos, hay quienes deben pensar que son pueblos sin historia y que, en la actualidad, al no ser de nadie, están en el derecho de apropiarse de lo que allí persista. Estos planteamientos ponen en serio riesgo nuestro patrimonio cultural, el de todos. Por desgracia, no son desconocidos los robos de capiteles o de campanas en las últimas décadas. Con intención de proteger mejor este patrimonio, el obispado está

1 https://www.funcas.es/documentos_trabajo/la-despoblacion-de-la-espana-interior/ [última visita: 12/10/21]



Lomeda.

elaborando un inventario de los bienes de iglesias y ermitas ubicadas en despoblados.

Así pues, los despoblados no son solo ruinas solitarias carentes de vida. Son testigos de cómo la sociedad ha ido adaptándose a lo largo del tiempo a los distintos cambios socioeconómicos que les ha planteado su época y, por ello, son parte de nuestra historia.

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

DÍEZ SANZ, E. y GALÁN TENDERO, V. (2012): *Historia de los despoblados de la Castilla oriental: la tierra de Soria siglos XII a XIX*. Soria: Diputación Provincial de Soria.

- (2019): *Del Siglo de Oro al de Bronce: las repercusiones de la política imperial en Soria y su tierra en los siglos XVI y XVII*. [Soria]: Mancomunidad de los 150 pueblos.

MARTÍNEZ DÍEZ, G. (1983): *Las Comunidades de Villa y Tierra de la Extremadura castellana. Estudio histórico-geográfico*. Madrid: Editora Nacional.



LA RUTA DE LOS DESPOBLADOS DE TIERRAS ALTAS.

DESCUBRIR Y SOÑAR VEA

Eduardo ALFARO PEÑA

“Y pudimos por fin llegar a Vea por el arroyo Mayor”. Así titulaba Avelino Hernández su colaboración en *Por los ríos de Soria*, lectura de obligado cumplimiento a todos aquellos amigos de instituto y juventud que, hace un par de décadas, venían a la casa del pueblo a disfrutar de un fin de semana de aventura rural descubriendo los viejos paisajes modelados por el hombre que la naturaleza estaba devorando, parajes que Avelino tan bien supo ver y describir.

El poderoso atractivo que en aquellos años tenían -y siguen teniendo- las barranqueras del Linares, también llamado Mayor, así como las reliquias de un pasado reciente cuya vida se detiene en un momento preciso de la década de los sesenta (Buimanco, Valdemoro, Armejún, Villarajo, Peñazcurna y Vea), hacían de estos rincones y sus caminos perdidos entre los serrijones de Alcarama, lugares propicios para viajar a un pasado que el devenir de la vida había dejado congelado en el tiempo.



Figura 1: Vea desde el suroeste, aguas arriba del Linares.

Desde finales de los noventa tuve la suerte de recorrer las pistas y patear los caminos y cortafuegos de este territorio que se había decidido despoblar de hombres y repoblar de coníferas. En esos años estaba realizando el trabajo de campo de lo que luego fue mi tesina, y tuve la suerte también de que los pinos aún no estuviesen muy crecidos, lo que me facilitó documentar sobre el terreno y enriquecer con nuevos poblados y castillos el mapa del poblamiento protohistórico comarcal. La envergadura actual de los pinos que solapan los restos lo habría hecho en algunos casos imposible. (fig. 1)

Dos opciones básicas deja la realidad actual para alcanzar estos despoblados. Una, la pista principal, terrera, que va recorriendo la ladera oriental del Ayedo por sus zonas medias

uniendo los pueblos altos, Buimanco, Valdemoro y Armejún, hasta caer a Villarijo. El trayecto va librando en grandes zigzags los barrancos de la margen izquierda del Linares, en medio de una inmensa frondosidad de pinos que apenas da opciones a otros tipos de vegetación salvo en el entorno de los despoblados, en los lugares en los que asoma la roca pelada y junto al lecho de los torrentes. La segunda, el camino tradicional de herradura que acompaña aguas abajo el fluir del Linares por Vea y Peñazcurna hasta Villarijo. Uno de los muchos calificativos que puede darse a esta ruta es el de espectacular, con las coníferas afianzadas en las alturas hasta asomarse a la caída sobre el lecho del río, en algunos casos taludes y vacíos de más de un centenar de metros; en el fondo de la barranquera cambia la vegetación que acompaña la



Figura 2: Puente de San Frutis. Estructura inspirada en lo imposible.

ruta, conservando el arbolado arbustivo y de ribera propio del medio y que el pino no ha conseguido desplazar. El recorrido se hace más cerrado cuanto más se va profundizando en él aguas abajo; cada paso que avanzamos va dejando atrás tanto el siglo en el que estamos como el aliento que proporciona la vida humana... Sólo de vez en cuando los restos de algunas construcciones tradicionales, algún puente de férreo sustento de piedra y el propio camino que, en tramos, conserva su viejo empedrado, nos recuerdan que durante siglos el recorrido estuvo vivo y dinámico para hombres y caballerías.

La denominada ruta de los despoblados, con propiedad el camino de herradura que acompaña al Linares, parte de San Pedro Manrique. En la entrada a las barranqueras,

oteando desde lo alto del serrijón izquierdo que flanquea el río, una ermita da la bienvenida a los caminantes que llegan remontando el Linares y despide a quienes se adentran en sus tortuosas e inquietantes profundidades: la Virgen de la Peña, patrona tanto de San Pedro como de toda su Comunidad de Villa y Tierra. El trayecto inicial, poco más de un par de kilómetros, está salpicado de molinos harineros: El Perul, con despoblado moderno en la ladera escalonada de la margen izquierda, el molino de la Peña, el del Pedroso... todos en pie, aunque ya no cumplen con su función originaria de aprovechar la fuerza del agua. Aun así, esta fuerza sigue presente, el sonido de su fluir en pequeños saltos, vigoroso y alegre, nos acompañará durante todo el viaje.



Figura 3: Indicios de minería antigua. Al fondo Los Castellares.

Pasado el desvío hacia El Pedroso alcanzamos el llamado Balcón de Pilatos. Asomados a este mirador, de tan evocador a la vez que inquietante nombre, nos percatamos por fin de que, un paso más, y traspasamos el umbral de la soledad; soledad humana, quien nos va a rodear y abrazar en adelante es la naturaleza, una naturaleza a la que el hombre, hace más de medio siglo, dejó a su albedrío. Soledad, que no silencio, pues en el recorrido todo son sonidos: el agua, el viento en los chopos y enebros, los mirlos, currucas, oropéndolas, tarabillas...

Que en las zonas medias de la margen izquierda en torno a Buimanco (hoy una inmensidad de pinos) se cultivó

cereal es evidente, lo delatan las ruinas de los dos molinos que jalonan la ruta desde aquí hasta Vea. El primero La Central, que en la entrada nos recuerda los sonidos que resonaban día sí, día también, por los caminos: “ATAR LAS CABALLERÍAS EN ES[--]”. Este texto se pintó sobre el encalado de la pared de entrada, en el mismo tono rojo centenario que la última y aparentemente única mano de pintura de la puerta. Destino final de la carga acarreada por los mulos desde las eras, su molienda, harina de la que una pequeña parte se quedaría como pago al molinero. Pasada La Central, a un centenar de metros, pasaremos por el puente de San Frutis; una vez atravesado es obligado volver la vista atrás para observar su arco... horizontal, o casi. Pequeña maravilla de la

ingeniería popular que supo construir unos arcos que rozan lo imposible; en el de San Frutis (San Fructuoso) late el equilibrio de la genialidad que impregna y define al arte. (fig. 2)

El segundo molino que vertebra la ruta a Veá es el de la Media Legua. La impresión al encontrarnos con él es que se trata de un pequeño caserío en torno al molino en sí y el puente que llevaba el camino tradicional a la margen derecha del Linares. Pero no, en la Media Legua solo había un edificio para el molinero, el resto eran pajares, corrales y cerrados para resguardar ganado, paja, herramienta y otros enseres. En la puerta del molino, un mensaje de propiedad pintado con el mismo rojo centenario de La Central: “DE JUAN Y MARCOS... LA MEDIA LEGUA”. Del puente quedan los pilares de piedra de sus dos ojos, habiendo de imaginar las grandes traveseras de madera que los unían y que el tiempo y las riadas se han llevado por delante. Colapsada la vieja ruta por el derrumbe del puente, el camino actual a Veá obliga a seguir por la margen izquierda dando un pequeño rodeo por el arroyo del Fuentepino. Si hubiésemos seguido la ruta original de la margen derecha, en los cortados situados poco antes de alcanzar Veá un comercial dedicado a la explotación y venta como adorno de los cubos de piratas me confesó que hubo unas minas... ¡romanas y de plata! Esta idea que pudiera parecer de leyenda o mito popular un poco peregrino no es tan descabellada. En las analíticas metalogénicas de algunas tortas de fundición altomedievales localizadas en Los Casares de San Pedro Manrique y que nos realizaron en el laboratorio del CENIEH, los resultados iban en ese sentido: parece que fueron el resultado de la búsqueda y extracción de mineral para la obtención de un metal noble, la plata, presente en las piratas en una pequeñísima proporción.

Retomando desde la Media Legua el camino actual por la margen izquierda pronto veremos evidencias de mineral sobre la ruta. En la misma cresta que hay que atravesar por su punto más bajo para caer sobre el Fuentepino, prácticamente pisaremos los huecos rodeados del óxido de los cubos de piratas descompuestos. Mirando al este, siguiendo la cresta, veremos grandes bloques de roca retirados por la fuerza humana (o quizás con la ayuda de la tracción animal), movimiento de rocas que solo se entiende si lo asociamos con la extracción de piratas. Y al fondo, rematando el se-

rrijón, Los Castellares, yacimiento de la Edad del Hierro, cuyas gentes más que probablemente explotaron estos y otros filones de mineral en el entorno. Los cubos de pirata reciben aquí el nombre de “cantalobos”; y se apunta la razón: porque son muy buenos proyectiles de honda, siendo una de sus víctimas preferentes el lobo... que emitía su característico aullido cuando los pastores acertaban en su cuerpo. (fig. 3)

Rodeado Los Castellares, solo queda un recodo en los barrancos para divisar Veá. Antes cautivará la vista la sucesión de saltos y pozas en las que tan pronto cae como se remansa el agua del torrente Fuentepino, escalones de un lecho de roca modelada por el rápido fluir del agua. El topónimo que recibe este sector final del barranco describe a la perfección lo que estamos viendo: Valdecubas. Y por fin divisamos Veá. A nuestra espalda Peñagaitero, de frente el Linares que, desde el camino, ahora elevado, es la línea continua de la cresta de los chopos. A la derecha la ladera en la que asoman las casas de Veá y a la izquierda la mole del cerro del Castillo. Una estampa del interior más profundo de Alcarama que como un potentísimo imán nos obligará ya a acelerar el paso para entrar en él. Este impulso final a Veá estará envuelto por las sombras de un bosque de encinas centenarias en las que se adentra el camino empedrado, arboleda que por la excepcionalidad de algunos ejemplares tal vez sería merecedora de constar en el inventario de árboles singulares de la Comunidad. (fig. 4)

Y por fin llegamos a Veá

Según me contaba Felisa ¹, era de común conocimiento en el pueblo que el Veá original estaba en el Castillo, y que fue abandonado pasándose a ocupar la margen derecha debido a las abundantísimas culebras que se adueñaron del cerro. Despoblación con sabor a viejo mito muy recurrente, la aparición de animales un tanto fantásticos incompatibles con el sosiego necesario para la vida en el poblado... las bichas. Aun así, los habitantes de Veá siempre valoraron mucho las propiedades que poseían en sus laderas. No es casualidad por tanto que la iglesia estuviese en la margen izquierda, un poco en soledad, marginada respecto al pueblo a los pies del Castillo. Según el *Diccionario* de Madoz la parroquia aparece

¹ Este artículo no sería el mismo sin la información recibida en las varias entrevistas que he tenido con Felisa Hernández. Nacida en Veá, donde se casó “de negro, como se hacía entonces”, aún vivió en el pueblo varios años de casada hasta que tuvo que emigrar a Pamplona.



Figura 4: El Castillo, a la derecha Veá.

bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios. A la iglesia que hay en el caserío moderno, de empaque bastante más modesto, se la conocía con el clarificador nombre de “la Ermita”. Es imborrable de mi memoria el recuerdo de la primera vez que entré en ella: unas andas sin imagen ocupaban un rincón del presbiterio; en el centro, sobre el suelo, un humilde ataúd de madera abierto y sin restos, y apoyado contra la pared, levantado, otro ataúd mucho más pequeño, aparentemente sin haber llegado a usarse, ...para un niño. En un momento indeterminado la iglesia parroquial acabó convertida en cementerio, concentrándose los oficios religiosos por proximidad en la Ermita, incluidos los festivos. Como el

Mayo, que se pingaba en una gran roca perforada localizada frente a la puerta; y por San Lucas, patrono local, había tres días de fiesta, del 17 al 19 de octubre, que amenizaban los gaiteros de Garranzo. El último día los mozos iban de casa en casa recogiendo colaboraciones en especie para organizar un “invite”; por la Trinidad eran los mayores los encargados de organizar la merienda, y por el Corpus se preparaba el “remoión”, una especie de zurracapote. (fig. 5)

Aparte de las casas, si hay una estructura arquitectónica que se repite en Veá son los puentes. Y tiene su lógica conocida la complicada orografía del lugar, que los hacía im-



Figura 5: Un pasado reciente, el interior de “La Ermita”.



Figura 6: Puente de San Miguel. Camino de Peñazcurna.

prescindibles para hacer fácil la comunicación con los pueblos vecinos y, lo que era más importante, con su propio territorio de explotación: sus campos de cultivo, sus huertas, sus leñas, sus pastos... situados mayoritariamente allende el río, en la margen izquierda. Para salvar el Linares tuvo Veá tres puentes; aguas arriba el localizado a la salida de San Pedro, y aguas abajo el puente Mingarra, salida hacia Peñazcurna y Villarijo. Entre ambos el puente Grande, llave de paso clave en el devenir cotidiano pues daba acceso a la Iglesia y al Castillo. Los tres de pilares de piedra y traveseras de madera, y los tres esqueletos hoy de solo piedra al haber cedido al poder de la naturaleza las maderas.

Y cada uno de los arroyos que alcanzaban Veá desde la margen izquierda tenían, ¡cómo no!, su puente. Sobre el barranco Valdevillar el del Lavadero. Sobre el barranco del Arrañuseca dos, el del Cementerio, que daba a la iglesia tras atravesar el Linares por el puente Grande, y unos centenares de metros aguas arriba el que toma nombre del barranco, el puente del Arrañuseca. Sobre el Ambriguela también dos, el de San Miguel, doblemente acodado respecto a la ruta y precioso, y aguas arriba otra muestra extraordinaria de arquitectura rural, el del Castillo o puente de los Moros, con formas y dimensiones que parecen sacadas de un cuento romántico de los hermanos Grimm. Es curioso comprobar cómo estos cinco puentes aún conservan su uso potencial, más allá de que en alguno este uso sea una quimera al estar olvidados y envueltos en una maraña de zarzas y maleza en la correspondiente barranquera. Y es que, en ellos, a diferencia de los tres del Linares, no se empleó la madera, todos se diseñaron con su característico arco de piedra tosca casi sin escuadrar, arco que en todos los casos aún sigue firme, aguantando las embestidas del desuso y el tiempo. (fig. 6)

El agua, elemento sustancial en la vida cotidiana, tenía en el lavadero, al otro lado del río, su trascendencia en lo social como punto de encuentro. Y también las fuentes, como la del Puerco en la parte alta, y la fuente del Molino, junto al río, donde se reunían las mujeres al hacer la matanza... allí limpiaban las tripas para embutir. Y el agua del Linares movida por el molino, que durante las últimas décadas de vida en Veá proporcionaba luz al pueblo. Fue Felisa la última molinera antes de emigrar; allí acudía todos los días a dar la luz, aunque los que vivían allí eran Germán y Florencia.



Figura 7: Ayuntamiento y los papeles de su archivo (1998).

Llegando desde San Pedro el primer edificio que nos encontramos es, precisamente, el molino. Y unas decenas de metros adelante alcanzamos la plaza del Ayuntamiento a través de un pasadizo bajo la casa del secretario, el tío Félix, casado con Teófila. A la derecha del pasillo la casa del tío Eugenio y a la izquierda el Ayuntamiento, con la cárcel abajo y encima el propio Ayuntamiento y la escuela, en la que llegamos a ver algún pupitre. En nuestro primer encuentro con Veá nos cautivó lo que encontramos esparcido por el suelo de la habitación consistorial: decenas y decenas, cientos de papeles revueltos caóticamente... Cada folio, de viejo papel amarillento escrito a mano por los párrocos de Ambasaguas, Grávalos o Acrijos y sellados por sus respectivos concejos municipales, era un descubrimiento “certificado” de todos esos latidos de los pueblos que habían dado cohesión a su

día a día: permisos eclesiásticos para una boda, la alegría de un nacimiento y el consiguiente bautizo, la tragedia de una joven madre muerta por las denominadas fiebres puerperales (postparto)... Papeles de un archivo municipal cubriendo esas baldosas características de mediados del siglo pasado, y que curiosos sin muchos miramientos con el orden habían revisado y revuelto antes de conocerlo nosotros. Y ahí se quedaron. Dicen que acabaron alimentando una gran fogata de limpieza que realizaron unos belgas u holandeses, en un primer intento de repoblación fallido hace ahora justo dos décadas. (fig. 7)

Calleja arriba del Ayuntamiento estaba la Ermita, con casa adosada para el cura, don José, que tenía una docena de cabras y su burrito para los desplazamientos. Más arriba la



Figura 8: Vea vacía y salvaje.

fuelle del Puerco, un gran nogal y la taberna del tío Caracol y su mujer Catalina. Tres llegó a haber en Vea, la del tío Caracol, la de Basilio y la de Mamerto. Manteniendo un equilibrio no exento de tensiones eco de la inercia de los tiempos, también en la profundidad de la Sierra el centro de la vida social se estaba desplazando de la iglesia a la taberna. Orden civil (Ayuntamiento), orden religioso (iglesia) y vida social (cantina)... desde estos y cualquier otro punto de la ladera asiento de Vea se veía, omnipresente, la atrayente mole del Castillo, el reloj de los más mayores, que sabían la hora por el recorrido que hacía la sombra en su corte rocoso de poniente; cuando le daba todo el sol, la una.

Y hacia el Castillo nos vamos, dejando atrás el caserío canturreando bajo, entre dientes, los versos pegadizos

que nos recitó Felisa, sencilla estampa de otros tiempos de alegría, plenitud vital y orgullo de sus gentes por el pueblo:

En el río Linares
hay muchas nueces,
en el pueblo de Vea
muy ricos peces,
pollos, gallinas,
chorizos y magras
por las cocinas.

Calleja abajo, antes de llegar a lo que fueron huertas del pequeño rellano aluvial del río, la vista se me va a la entrada del último corral del pueblo donde vuelven los recuerdos del presente, del despoblado. Refugio de ciervos

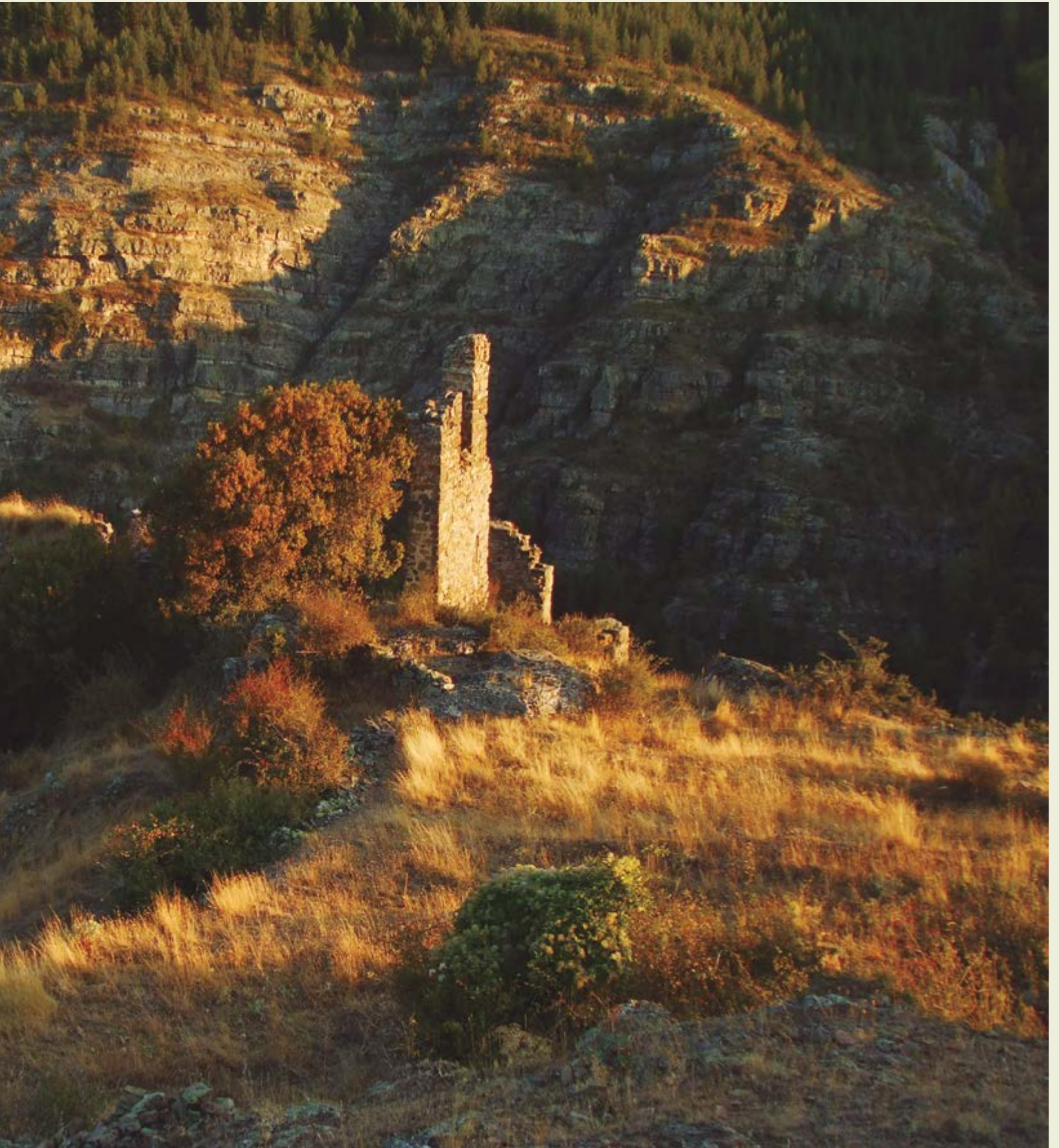
durante décadas, este rincón fue elegido por uno de ellos para cobijarse y, ciertamente, para morir. Lo vi en una de tantas visitas, con el cuerpo dentro, el cuello apoyado en el umbral de madera y la cabeza caída al exterior; imagen de impacto reflejo de la realidad más cercana, la Veá silvestre y salvaje, la Veá vacía del tránsito hacia un nuevo milenio. (fig. 8)

Inservible el puente Grande, es probable que haya que descalzarse y mojarse los pies, incluso en algunos momentos del año algo más, para pasar a la margen izquierda, a la iglesia-cementerio, al pie del Castillo. Con suerte aún podremos encontrar el práctico puente de maderos habilitado recientemente si no ha sido víctima de alguna riada. Tiene la iglesia una sola nave de planta rectangular con su interior a cielo abierto salvo donde le cubre una hiedra densa; las viejas cruces de cemento y de hierro con cortos epitafios y en algún caso foto en blanco y negro nos recuerdan que estamos en lo que fue cementerio. Para subir al Castillo hay que rodear la iglesia por el sur; en duro combate con la maleza, las zarzas y los taludes alcanzaremos lo que queda del camino de ascenso. Éste subía atravesando en diagonal los escalones aterrazados en los que se ordenaba la mitad inferior del cerro, los Arraños del Camposanto. Muros de contención que han cedido a la presión de siglos y dejan rodar libres sus piedras. Montoneras de pedruscos de lo que pudieron ser corrales, incluso el recuerdo de viviendas, ordenan la ladera más acogedora de cerro, estructuras que hablan de un pasado habitado, la vieja Veá. Y mucho más que vieja, el análisis de las decenas y decenas de trocitos cerámicos que ruedan por la ladera remiten a tiempos modernos, bajomedievales... y mucho más antiguos: cerámicas a torneta altomedievales, vajilla de mesa romana tardía, cerámicas celtibéricas, cerámicas a mano castreñas... En el recóndito y perdido Castillo de Veá se ha sentido el latir primigenio de los castros, la inquietud de las gentes celtibéricas ante el avance de las legiones romanas, las décadas apocalípticas del orden mundial capitalizado por Roma que se colapsaba, el contemporáneo alivio vital de la regeneración cristiana, incluso, puestos a soñar, el revolucionario aliento como refugio montaraz de las muy cercanas revueltas bagáudicas del valle del Ebro.

Y, ciertamente, el Castillo de Veá es un paraje para dejarse llevar por los sueños. Sobre los Arraños del Camposanto aísla el sector superior del Castillo un pequeño corte rocoso (“el reloj” de los abuelos), óptima defensa natural en un cerro de situación estratégica que no podía pasar desapercibido



Figura 9: La ermita del Castillo.





a los primeros pobladores castreños. En su interior la iglesia del Castillo, ruinas de un templo de fundamentos románicos que rezuma una magia y un misterio capaz de calar y hacer dudar al corazón más frío y escéptico. Y en sus paredes gotas de sensibilidad de todos los tiempos, de cualquier tiempo, a veces frías, a veces temibles, a veces tiernas: la piedra toba del ábside, los fragmentos de *tegula* romana reutilizada como calce en sus paredes, la colosal roca que sirve de asiento al ábside y bajo la que se adivina una gruta aún por aventurarse y descubrir, ¡pero ojo!, quizás despierte en su interior una de esas temidas bichas profanas, las que provocaron el abandono de la vieja Veá... Y las cenizas de Germán, el que vivió en el molino, cuya urna alguna persona querida incrustó en la pared de ábside, tal vez siguiendo su última voluntad. (fig. 9)

Hace un par de años mi colega Eduardo Aznar me comentó que, en la documentación del siglo XVI que había revisado, en Veá se menciona la iglesia de Nuestra Señora (la parroquia) y dos ermitas bajo la advocación de San Zoilo y San Miguel. A cualquiera de los dos santos, mártir o arcángel, podría asociarse, una relación olvidada pues la ermita siempre se recuerda caída y con un nombre que se funde con el del cerro, el Castillo. En principio el que parece más probable sería el de San Miguel, pues el puente homónimo se sitúa a sus pies para salvar el Ambriguela, sobre el que se levanta más de un centenar de metros. Respecto a San Zoilo, los evocadores Corrales de Sansón o Sansol (San Sol = San Zoilo) se sitúan inmediatos al Castillo por el norte, con indicios de cronología celtibérica.

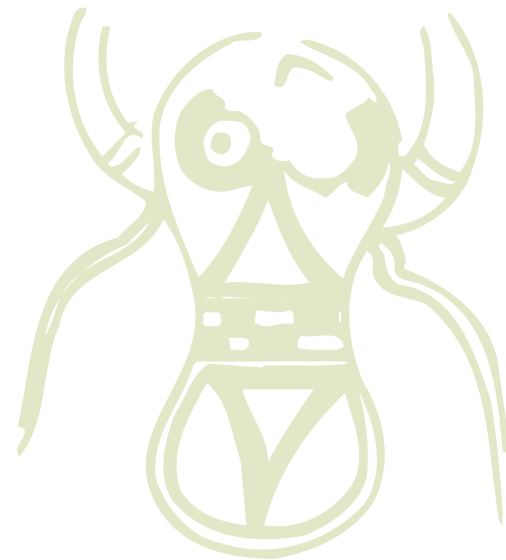
En el alto del Castillo sentiremos que hemos alcanzado el corazón de Alcarama, un lugar que, aunque palpado y real, tiene algo de surrealista y anacrónico que descuadra con la España del XXI. Es más paisaje inspirador de la inquietud propia de un viajero centroeuropeo y romántico del XIX. Al sur Peña Piñañarros, con su corral colgado sobre el vacío que cae al callejón Mingarra y su puente. Al norte los corrales de Sansón y más minas, las Cantaloberas, elevados ambos sobre el puente de los Moros. Por oriente nos atrae el puente de San Miguel y el fluir aguas abajo del río por el impulso

emocional de seguir descubriendo la ruta hacia Peñazcurna; pero no, la ruta no da más de sí en un día. Toca volver la vista hacia poniente, aguas arriba, y desandar camino. Hay que regresar a San Pedro, como la tía Parruza, que venía regularmente a Veá para estañar los pucheros y las cazuelas dañados a cambio de unos huevos, unas patatas o leña, y que, además, a la vez que arreglaba trastos, sabía, seguro que mejor que yo, contar historias, contar cuentos. (fig. 10)

Bibliografía

- Alfaro Peña, E. (2005): *Castillejos y Villares. Modelos de poblamiento antiguo en el interior del Sistema Ibérico*. Soria Edita, Soria.
- Heras, C. (2019): <http://www.otrasoria.es/2019/02/pueblo-de-vea-soria.html>
- Hernández, A. (1989): *La Sierra del Alba*. Edelvives, Madrid.
- Hernández, A. (1995): “Y pudimos por fin llegar a Veá por el arroyo Mayor”, *Por los ríos de Soria*, Soria Edita, Soria, pp. 141-147.
- Idoubeda etno (2019): <http://www.idoubeda.com/search/label/PUEBLO%3A%20VEA>
- Idoubeda evolat (2011): <https://idoubedaoros.wordpress.com/2011/02/09/las-encinas-de-vea/>
- Madoz, P. (1993): *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Castilla y León*. Soria. 1845-1850. Ámbito Ediciones, Valladolid.
- San Miguel, M. A.; Vasco, J. M. (1999): *San Pedro Manrique. Fuego, Sendero y Fiesta. (Un paseo por Tierras Altas sorianas)*. Ayuntamiento de San Pedro Manrique, Soria.

Figura 10: Peña Piñañarros y su corral colgado.



LA BARBOLLA, UN PUEBLO DESHABITADO

Luis C. PASTOR LASO

A Eugenio Chico Isla ¹, in memoriam.

El siglo XX fue calamitoso para la localidad soriana de La Barbolla. El lugar había entrado en la Historia de la mano de la Comunidad de Villa y Tierra de Calatañazor allá por el siglo XI, sobreviviendo desde entonces a múltiples vicisitudes: hambrunas, pestes y epidemias, guerras, sequías, enfermedades, etc.; sin embargo, no supo adaptarse a la nueva realidad española que emergía en la segunda mitad del siglo XX. Comunicaciones, industrialización, estado de bienestar, mecanización del campo, una nueva ganadería y agricultura, en definitiva, un gran desarrollo que haría inviable la vida en este pueblo para sus habitantes, que abandonarían el lugar en busca de nuevas oportunidades lejos de su tierra.

Gonzalo Martínez Díez en su obra sobre “*Las comunidades de Villa y Tierra de la extremadura castellana*” sostiene que esta comarca entre Calatañazor y Fuentepinilla se repoblaría a partir del año 1060, cuando Fernando I conquista definitivamente para Castilla las plazas fuertes musulmanas de Gormaz, Vadorrey, Aguilera y Berlanga de Duero. Así, el fuero de Andaluz, otorgado por el conde Gonzalo Nuñez de Lara y su esposa doña Godo en 1089, patentizaría este fenómeno y La Barbolla es desde entonces una de las 17

aldeas adscritas a la Comunidad de Villa y Tierra de Calatañazor. (fig 1)

Localización y toponimia

Para llegar al lugar desde Soria nos dirigimos hacia el suroeste por la carretera SO-100. Pasado Quintana Redonda en dirección a Fuentepinilla, llegamos a un cruce en el que cogemos la carretera SO-P-4182. Tras diez kilómetros entre pinares resineros y tierras de labor llegamos a La Barbolla, localizada a 994 metros de altitud en la falda meridional de la Sierra de Inodejo. El pueblo, en ruinas, se asienta en un llano entre Calatañazor y Tardelcuende, aunque próximo a los pinares.

En el Catastro de Ensenada se la denomina como Labarbolla, mientras que Pascual Madoz la designa como *La Barbolla*; formas relacionadas con la palabra visigoda *Worms* (aguas calientes), derivada a su vez de *Vormatio/Boramatiu*, que deriva de la raíz ligur *Borm/born* que proviene del dios *Borbo-Bormanus*, deidad de las fuentes y de los manantiales. José Luis Herrero Ingelmo, basándose en estudios de Menéndez Pidal, también considera la raíz *borb-* (agua abundan-

¹ Eugenio Chico Isla, junto con Severino Isla Soria, vecinos de La Barbolla, y Lázaro Bravo Gallego de Cañamaque, viajaban en el tren correo camino de Ferrol, donde debían realizar el servicio militar en la Armada como marineros voluntarios. El 3 de enero de 1944 se produjo el accidente ferroviario con más fallecidos en España en Torre del Bierzo. Eugenio y Lázaro murieron en el accidente y fueron enterrados en un funeral multitudinario en León. Severino Isla sobrevivió y se incorporó al cuartel; años después emigró con su familia a Zaragoza. Su vivienda todavía resiste en la calle La Laguna, camino de La Ventosa de Fuentepinilla.



Figura 1: Acceso a La Barbolla. Foto: Mario Tejedor

te) como ligur iliria, aunque también aporta la posibilidad de que esté relacionado con el gallo *borvo* (barro). Esta raíz está muy relacionada con este territorio, pues en época de lluvias abundantes las fuentes y manantiales surgen por cualquier sitio y los arroyos bajan muy crecidos.

En su término municipal se han descrito varios yacimientos arqueológicos: en el paraje El Castro, donde se han encontrado restos cerámicos correspondientes a la primera etapa del Eneolítico, y otros correspondientes a época posterior. En el paraje Fuentecer se ha localizado abundante cerámica común, pintada, sigillata y material lítico, un yacimiento ocupado durante el siglo I y IV-V.

Se trata de una localidad deshabitada y, aunque aparecen censados dos habitantes en 2021, nadie pernocta en el

lugar. Hoy vemos alguna vivienda en buen estado, así como unas naves agrícolas y otros inmuebles que resisten a duras penas el paso del tiempo y el abandono; entre ellos destacamos la antigua escuela y el pequeño ayuntamiento, que con el devenir se convirtió en tele-club, ahora ya sin tejado. Sin ser un pueblo importante cuenta con una parroquia de gran valor, un ejemplo más del románico rural soriano, aunque en claro peligro de derrumbe y expolio, si nadie lo remedia.

Como ya hemos señalado, en el censo de 2021 solo hay dos personas empadronadas, por lo que es raro encontrarse con alguien, si antes no has quedado con él. Sin embargo, cuando nos acercamos a lo que pudo ser la plaza, con un árbol en el centro, tres gatos melosos se acercan a nosotros, indicándonos que alguien se ocupa de ellos. Es Lorenzo Chico quien cuida de ellos y del lugar. Agricultor



Figura 2: Ruinas. Portón con tejeroz.

veterano, realiza labores en el campo y de albañilería, manteniendo su vivienda y otras que adquirió, además de sus naves agrícolas. También cuida un poco las zonas comunes; es el “Guardián de La Barbolla”. Sus inmuebles se encuentran en buen estado; los demás, incluida la iglesia, la escuela, el ayuntamiento y la fragua, o se encuentran en franco proceso de ruina o están totalmente arruinados. (fig 2)

Demografía

Los primeros datos demográficos que conocemos de La Barbolla son del siglo XVI (1528), cuando la localidad contaba con 24 pecheros, es decir, 24 familias que pagaban sus impuestos, a los que habría que sumar algún que otro noble, que como tal no pagaba, y algún religioso igualmente exonerado de estas cargas. En aquellos momentos La Bar-

bolla pertenecía a la Comunidad de Villa y Tierra de Calatañazor, un sistema de repoblación utilizado en Castilla y Aragón en el que se comunaban distintas aldeas alrededor de una villa, en este caso la de Calatañazor. Sin embargo, las crisis de finales de siglo XVI provocaron que la población descendiera hasta los 16 vecinos.

El Catastro de Ensenada (1752) nos dice que La Barbolla pertenecía al señorío del Duque de Medinaceli. Contaba entonces con 20 vecinos y 21 casas. A mediados del siglo XIX Madoz nos dice que contaba con 16 vecinos y 63 almas.

En el siglo XIX era municipio y llegó a albergar a 63 vecinos, pero no duró demasiado su municipalidad, pues pronto se integró en el de La Revilla de Calatañazor. A lo largo del siglo XX la población de La Barbolla experimentó



Figura 3: Vivienda con cementerio al fondo. Foto: Mario Tejedor

diversos altibajos, llegando a contar en 1920 con 106 habitantes, desde esa fecha la población no hizo sino descender; al finalizar la Guerra Civil la población contaba con tan solo 77 habitantes, 36 en 1960, hasta llegar a los dos censados en la actualidad.

La localidad languidece según va avanzando el siglo XX; así, el último bautizo anotado en la parroquia es del año 1963. El matrimonio de Valentina y Martín en 1967, cierra el capítulo de bodas en la parroquia. Este matrimonio será de los más reacios a abandonar el pueblo. Hoy su vivienda, sin techumbre, nos recuerda que allí hubo vida. El último enterramiento es de 1991, cuando se oficia el funeral de Leoncio, que había fallecido en Zaragoza. Estas exequias certifican el cierre del pueblo. A partir de entonces nadie decide inhumarse en el lugar en el que lo hicieron sus antepasados. Antiguos y nuevos habitantes se desligan

definitivamente del territorio que les vio nacer. Entre 1990 y 1991, Sebastiana y Celestino, los últimos moradores de La Barbolla, solos y sin agua corriente, deciden abandonar el lugar camino de Soria, donde habían llegado muchos de sus antiguos vecinos. Soria, Zaragoza, Madrid, País Vasco y, en menor medida, Argentina, fueron los destinos de los barbollanos/as.

La Revilla de Calatañazor, en cuyo ayuntamiento se integró La Barbolla, también fue perdiendo habitantes, especialmente a partir del incendio que sufrió en 1967. La huida del lugar fue más acusada a partir de los años setenta hasta convertirse en, prácticamente, un despoblado. Fue entonces cuando La Barbolla y La Revilla se integraron en el municipio de Quintana Redonda, en el que hoy permanecen. Nos encontramos ante un pueblo deshabitado. (fig 3)

Economía y vida

Consultados los distintos catastros, diccionarios estadísticos y nomenclátor de Blasco, la economía del lugar fue eminentemente agrícola, mayoritariamente de secano, y ganadera, fundamentalmente lanar. Según el Catastro de Ensenada los habitantes del lugar explotaban tierras de secano, prados, dehesa, algo de regadío... Producían trigo, centeno, cebada, avena, lino, o berzas, y criaban cerdos, corderos, cabritos o pollos, recogiendo la miel de varios colmenares. En el entorno había sauces y chopos. La mayoría de sus habitantes eran labradores y ganaderos, además de seis esquiladores. A mediados del siglo XVIII contaban con una taberna, panadería y mesón. Estos servicios parecen impensables a día de hoy. Desde mediados del siglo XX, algunos vecinos también contaban con algunas vacas.

En la actualidad las 630 hectáreas de las que se compone el término municipal, son labradas por agricultores de La Ventosa, Fuentelaldea, La Revilla y el propio Lorenzo. La tierra es de buena calidad. Algunos propietarios vendieron las fincas y otros las arrendaron, de tal manera que en la actualidad todo el término se labra. El principal cultivo sigue siendo el cereal de secano, si bien en los últimos años se ha introducido el girasol y, en menor medida, la colza. De los huertos de los que nos hablaba el Catastro de Ensenada no queda ni rastro, pero sin duda los hubo hasta fechas cercanas, y todavía hoy podemos intuirlos. Lo mismo podemos decir de las múltiples choperas con las que cuenta el pueblo, que en tiempos no muy lejanos tuvo varias plantaciones para aprovechamiento maderero.

Al norte de la localidad, en el camino a Fuentelaldea, se encuentran las eras. En ellas se llevaban a cabo las labores de trilla y aventado del cereal y de leguminosas. Allí también se instalaban las trilladoras antes de la llegada de las modernas cosechadoras. Estas eras son de titularidad privada.

La Barbolla cuenta con dos fuentes públicas; camino de La Ventosa se encuentra el pozo de La Fuentona, hasta él llegaban las mujeres a por agua potable para consumo de boca y para cocinar. Durante el verano este manantial solía secarse, entonces se tenían que desplazar hasta la

fuelle del Cañuelo en el camino de Fuentelaldea, un poco más lejos. También por ese camino se encontraba el lavadero antiguo, en parte cubierto y que tomaba el agua directamente del río.

En 1965 se decide construir el lavadero nuevo, también en el camino a Fuentelaldea, mediante hacendera. Se construye una fuente de dos caños, el pilón abrevadero y el lavadero nuevo, un poco más amplio que el antiguo y cubierto. El agua se toma de la fuente de El Cañuelo y la zanja de la conducción se hizo a "lotes" entre los vecinos, a pico y pala.

El pueblo tuvo fragua, hoy como la mayoría de los inmuebles arruinada y arrinconada por una calle cada vez más amplia para el paso de la nueva maquinaria. No tuvieron herrero, ya que este venía de La Revilla de Calatañazor y en los últimos tiempos de La Ventosa de Fuentepinilla.

La vida en La Barbolla no solo eran penalidades, a veces llegó a haber hasta teatro. Así los días 10 y 11 de julio de 1928 los jóvenes de Fuentelaldea y de La Barbolla, dirigidos por D. José Laseca, maestro nacional, representaron la comedia "*Así en la tierra*" y el sainete "*Los pretendientes*". Asistieron a la función todas las autoridades y unas 500 personas. (fig 4)

La escuela

La Barbolla contó con una muy coqueta escuela, hasta que se cerró el curso escolar 1968-69, cuando contaba con tres alumnos. Ese año quitaron la maestra y durante dos años los alumnos fueron andando o en bicicleta, cuando se podía, a la escuela de La Ventosa de Fuentepinilla; llevaban comida en la fiambra, pues había clase por las tardes. Se quedaban a comer en casa de una vecina del pueblo que tenía los padres en La Barbolla y estaba casada en La Ventosa. Dos años después se cerró la escuela de La Ventosa y se puso el transporte escolar a la escuela de Quintana Redonda, donde ya había comedor escolar, pero como no había carretera, tenían que ir y volver andando hasta La Revilla. Cuando a finales de los setenta del siglo XX se realizó la concentración parcelaria, los caminos a La Ventosa, Fuentelaldea y La Revilla se pusieron de grava,



Figura 4: La escuela

posteriormente se cedieron a la Diputación de Soria y a estos dos últimos se les dio un riego asfáltico.

La pequeña escuela, se construyó en mampostería, con piedra de canteras cercanas, con recerco de ladrillo macizo en las ventanas; la puerta orientada al sur es de dos hojas. En la planta baja estaba la escuela con dos ventanas a poniente, sus pupitres corridos, la mesa del maestro o maestra con su brasero y las pizarras, todo en total abandono. En la primera planta vivía el maestro o maestra. Debajo de la escalera estaba un pequeño almacén en el que se guardaba la pizorra que habría de alimentar la pequeña estufa en los días de invierno. Los propios

alumnos se encargaban de recogerla en pinares cercanos y llevarla a la escuela.

El Avisador Numantino de 13 de mayo de 1925, informaba que en esos días se había desarrollado por primera vez la Fiesta del Árbol que consistió en la plantación de cien “albares” proporcionados por el Ayuntamiento en el paraje “La Carrera” a cargo de los niños de la escuela que mientras iban y venían, cantaban y recitaban poesías. Al regresar a la escuela, el maestro D. Hipólito R. Acosta pronunció un discurso muy aplaudido. No sabemos si esta actividad tuvo continuidad.



Figura 5: Calle Eras. Foto: *Mario Tejedor*

Vivienda y callejero

El casco urbano lo componen cerca de cuarenta solares y edificaciones, entre las que se encuentran varias naves de nueva construcción. Las viviendas tuvieron luz eléctrica, pero no agua corriente. Si bien a finales de los años 80 del pasado siglo se hizo un proyecto, este se quedó en el tintero y el agua nunca llegó a las casas. Esta carencia será determinante para que los antiguos moradores no hayan elegido su pueblo como segunda residencia. Las naves agrícolas y una vivienda se encuentran en buen

estado, en uso y cuidadas por su propietario. La mayoría de los inmuebles se han vencido y lo que en el pasado fue bullicio, juegos, vivencias, hoy es un puzle difícil de completar.

Las viviendas se organizan en dos calles de sentido este-oeste (calle Eras y calle La Laguna) y una en sentido norte-sur (calle Eras y calle Iglesia) en cuyo cruce se forma un ensanchamiento que da lugar a una especie de plaza, presidida hoy por un árbol joven y frondoso con espinas afiladas en las ramas, que le sirven de lugar de recreo a los felinos. Creemos que hubo otra calle que,



saliendo del ayuntamiento, llegaba hasta la calle Eras, pero el follaje impide verla.

En general las viviendas son de planta rectangular con la fachada principal orientada al sol de mediodía, se suele ver una puerta y dos ventanas, con dos plantas; este sería el elemento base, un pórtico de tres vanos. La parte orientada al norte es mucho más baja y en ella estaban la cuadra y el pajar, con una puerta al exterior y ventanas muy pequeñas; en la parte delantera, donde a veces se observa un patio sereno, estaría una habitación y dos alcobas, junto con la cocina y una despensa. Al exterior

todavía resisten chimeneas troncopiramidales que estaban colocadas sobre sencillos hogares en la cocina, en la que se curaban los productos de la matanza. Los solados solían ser de tierra prensada en la planta baja. Tenían hornos en casa y cocían pan una vez a la semana. Más hacia nuestros días, tres veces en semana, iba un panadero de La Seca, al que llamaban Cacharro. (fig 5)

Las viviendas se agrupan en manzanas y están construidas en mampostería, algunas con estructura de madera y sillares más o menos escuadrados en los esquinales. El recerco de los vanos suele ser de ladrillo macizo y de madera, los más antiguos, y de cemento o ladrillo hueco, los más modernos. Algunos inmuebles todavía conservan parte de su enfoscado de color rojizo o grisáceo.

Las puertas de la fachada principal suelen ser de dos hojas, alguna con sobrepuerta, que aquí llaman puertecilla; en ambos casos permitía abrir la puerta para que entrara la luz, pero no los animales. Algunas casas contaban al exterior con pequeños poyos de obra o de sillería en los que poder sentarse para hablar con las vecinas y vecinos, coser, contar historias, ver pasar la vida, etc. Los herrajes que todavía se pueden ver eran sencillos, al igual que algunas rejas. Algunas viviendas contaban con una gran puerta protegida con tejeroz a dos aguas, que daba acceso a un patio o corral.

El ganado lanar y mular solía estabularse en estas cuadras y en alguna edificación construida como majada. También tenían un apartado para la “corte” en la que cuidaban el cerdo para la matanza. Cuando había problemas de espacio en el casco urbano, solían construirse majadas en el campo, pero en general preferían tener el ganado al lado de sus casas.

A las afueras de la localidad, en la calle La Laguna y hacia levante, se encuentra el antiguo transformador, en muy buen estado, pero ya sin uso, pues el nuevo se encuentra sobre unos postes, al norte de la localidad.

En el camino de La Muela y muy cerca de la iglesia se encuentra el cementerio, muy pequeñito y bien cuidado. En él podemos destacar las cruces de madera con las que señalaban el lugar de enterramiento, cruces que nadie cuida y que, poco a poco, van pudriéndose.



Figura 6: Cristo de la Piedad, Santa Bárbara y Nuestra Señora del Rosario en la Iglesia de Santa Bárbara. Foto: *Cándido Las Heras*

Fiestas y tradiciones

A pesar de ser un pueblo con muy poca población y con muy malas comunicaciones, o quizás por ello, poseía numerosas tradiciones y algunas fiestas religiosas bastante arraigadas en la comarca.

La fiesta principal se celebraba en honor del Santo Cristo de la Piedad, que llegó a generar una concordia que agrupaba a varias localidades de la comarca. Según la leyenda el Cristo apareció de forma milagrosa, lo que le hizo gozar de mucha devoción entre los pueblos de la comarca. La Concordia agrupaba a los pueblos de La Barbolla, Fuentelaldea, La Revilla de Calatañazor, Monasterio, Las Cuevas, La Ventosa de Fuentepinilla, La Seca, Cascajosa, Osona, Fuentelárbol, La Muela, Escobosa, Calatañazor, Nafría la Llana, Nódalo y Las Fraguas, y en tiempos de sequía solían sacar al Cristo en rogativa pidiendo lluvia.

Según Miguel Moreno, los miembros de la Concordia de la Virgen de Inodejo para pedir lluvia acudían a pedirselo al Santo Cristo de la Piedad. Se celebraba el 14 de septiembre y a ella acudían vecinos de la Concordia. Se celebraba una misa y una procesión alrededor del pueblo. Los hombres portaban al Cristo sobre sus andas.

Una noticia aparecida en *El Avisador Numantino* el 24 de junio de 1914, firmada por Pablo Roperio y dirigida a Felipe Las Heras, nos informa de una sequía prolongada ese año. Por ello se llevó al Santo Cristo a Fuentelaldea, donde se ofició una novena de fe, cumpliendo una costumbre de sus abuelos. Terminada la novena acudieron en masa los vecinos de los 18 pueblos de la Concordia para trasladar la imagen a La Barbolla. El acto llegó a congregar a 2.000 personas, 26 pendones y estandartes, cruces y 20 ramos de cera y otros de rosca perfectamente adornados. Ya a finales de siglo XX el Cristo iniciará un viaje sin retorno,

que le llevará a Soria, sin acompañamiento de sus fieles y en secreto. Quizá ya nunca más salga en procesión. (fig 6)

El 10 de junio se celebraba una fiesta para agradecer al Niño Jesús que acabara con una nevada tardía. Ese día, a hombros de las mujeres era sacado en procesión alrededor de la iglesia. Previamente se subastaban los banzos. La imagen era tan venerada que era su tentenublo particular, ya que cuando había tormenta, se tocaban las campanas, el pueblo acudía en masa a la iglesia y sacaban la imagen del Niño al portalillo, hasta que la tormenta pasaba.

El 3 de mayo se celebraba la Cruz de mayo y se bendecían los campos. Cuando aún se bendecían los campos en La Barbolla, el término solo se sembraba la mitad (hojas) y la bendición se hacía un año en el pozo de La Fuentona, camino de La Ventosa, y otro año en la fuente del Cañuelo, camino de Fuentelaldea, de tal forma que siempre se bendecían los sembrados, no el barbecho. Días antes, el alcalde o el alguacil acudían al lugar y clavaban una cruz de madera. Los brazos de la cruz eran cuadrados y tenían unas hendiduras en los cuatro costados del brazo mayor. Los vecinos hacían crucecitas con velas de enrollar, y ese día con el calor del incensario se calentaban un poco y se pegaban en las hendiduras de la cruz. El sacerdote entonces procedía a la bendición.

La fiesta del Cristo de 1926 (14 y 15 de septiembre) fue recogida en una pequeña nota de prensa en El Avisador Numantino de 22 de septiembre de 1926, en la que el periodista N.S. Blanco informa de que fueron unas fiestas muy concurridas con gran asistencia de forasteros y con bailes que se prolongaron hasta primeras horas de la madrugada, reinando gran fraternidad y alegría.

En El Avisador Numantino de 15 de enero de 1916 contaba a sus lectores la boda de dos jóvenes en La Barbolla, ceremonia a la que asistieron numerosos invitados que quedaron muy agradecidos.

No faltan noticias tristes en la prensa provincial, como el incendio que tuvo lugar en la madrugada del 21 de marzo de 1884, cuando el fuego arrasó las viviendas de Pedro Ropero y Florencio Soria, aunque pudieron salvar su ganado. Tampoco podía faltar la noticia de algún fallecido en la prolongada Guerra de África; así el 20 de

febrero de 1926 murió en Melilla el cabo de Artillería Restituto González Martínez, herido de bala en un combate librado en la posición de Benítez.

La iglesia de San Bartolomé

La iglesia, consagrada a San Bartolomé, y a la que pudimos acceder gracias al préstamo de su llave, que amablemente nos procuró el párroco D. Alejandro Casado, se encuentra en un estado avanzado de ruina. La pequeña iglesia es un claro ejemplo del románico rural; se encuentra enclavada sobre una pequeña loma, abrazada por el sur por un atrio con césped natural y a sus pies el arroyo de La Laguna, subsidiario del río Castro. (fig 7)

La pequeña iglesia es un claro ejemplo del románico rural, posiblemente de finales del siglo XII, con reformas post-medievales. Al sur, el atrio, otrora cementerio, resiste con dignidad el paso del tiempo, con algún pequeño desprendimiento en el muro de mampostería. A simple vista y mirando desde el sureste todo está en su sitio. Una iglesia románica con ábside semicircular, presbiterio recto, espadaña a poniente y portada cubierta con portalillo al sur. En el lado meridional del ábside, yace arrumbada una lauda sepulcral, así como una pequeña huesera (presbiterio sur) rematada con elementos del antiguo tejazoz.

El inmueble se ejecutó en mampostería con sillares en los esquinales. Para salvar el desnivel, el ábside se asienta sobre un zócalo de mampostería sobre el que se superpone una hilada de sillería, no nivelada, rematada con bocel, que aparentemente se prolonga por el tramo del presbiterio, pues la huesera por el lado meridional y la sacristía por el lado norte, nos impide ver. Sin embargo, ese zócalo de mampostería lo vemos en la sacristía y a lo largo del muro norte de la nave. El muro absidal es fuerte y en el centro observamos una pequeña aspillera, que iluminó el recinto hasta que se decidió instalar el retablo barroco en 1765, por lo que se tuvo que abrir una nueva ventana, en este caso adintelada, en el lado meridional de ábside, que es la que hoy vemos. El presbiterio recto y ligeramente más ancho que el ábside, al igual que este, se remata con una cornisa achaflanada sostenida por canecillos, entre los que podemos destacar alguno con cabezas humanas. Precisamente esta decoración se va a repetir en algunos otros



Figura 7: Iglesia de San Bartolomé. Foto: *Mario Tejedor*

lugares de la iglesia. La nave es ligeramente más alta y más ancha que la cabecera, habiendo perdido la cornisa, que hoy se nos muestra con un simple alero de tejas. En el sector occidental se abrió una ventana adintelada.

En el muro norte del templo vemos la sacristía, con parte del tejado hundido; un árbol arraigó sobre los escombros, sobresaliendo por encima de lo que resta de tejado. En noviembre de 2020 ese árbol se taló y la mayor parte de la sacristía al exterior aparece sin techar. Además, y lo que es más peligroso para la iglesia, al menos desde el 2014 se están produciendo derrumbes en esta parte de la nave, amenazando así la solidez del inmueble.

En el muro meridional se abre la portada en un cuerpo avanzado de sillería, asentada sobre un podio abocinado sobre el que se asientan columnas y pilastras que acogen las cinco arquivoltas, protegidas por una chambrana. Toda la portada se cubrió con una gruesa capa de cal, capa que a duras penas nos deja ver la decoración de las arquivoltas. En el arco de ingreso dos dovelas ejercen la misión de clave, decorándose la más oriental con un crismón. Las columnillas exteriores son de madera; entendemos que el deterioro de las originales provocó la utilización de este material que se cubrió con una

capa de cal y arena. La decoración es simple, pudiendo destacar la de la arquivolta más externa en la que aparecen bolas y caras. En la chambrana exterior alguna cara enigmática mira el entorno. Esta portada estuvo protegida por un tejeroz, hoy desaparecido, cumpliendo la misma misión el portalillo a tres aguas, tan típico en estas latitudes. En estos últimos años este tejado se ha deteriorado tanto que ha dejado de cumplir la función para la que se construyó.

También en el costado meridional del ábside, yace arrumbada una lauda sepulcral a dos aguas, con faldoncillos y una cruz procesional. Sin duda esta debió pertenecer a un individuo de cierto rango, pero no siempre estuvo ahí. Lorenzo Chico nos cuenta que durante cientos de años fue la piedra pasadera del paso peatonal que se encontraba en el camino hacia La Revilla de Calatañazor para superar el vado del río. La lauda estaba dada la vuelta a como la vemos hoy. Cuando se realizó la concentración parcelaria, al hacer el nuevo camino, hoy carretera, se dejó en una parcela, cuyo propietario no la quería en su propiedad. Con el fin de ampliar el pequeño paso que había entonces para superar el arroyo de La Laguna, Lorenzo la depositó donde hoy la vemos. Por diversos motivos, no se ensanchó el puentecillo y quedó depositada ahí.



Figura 8: Espadaña utilizada como pared de frontón. Foto: Mario Tejedor

En el muro de poniente, en el que también hay una ventana adintelada, hoy tapiada, vemos la espadaña que se estrecha en altura y se remata con bolas. Se abren dos troneras para las campanas, que en la actualidad corren serio peligro de derrumbe, rematándose el conjunto con decoración de bola, veleta y cruz. Al menos el remate es post-medieval. Este muro sirvió como pared de frontón a los pelotarís del lugar, apreciándose todavía el enfoscado, que ocultaba el mampuesto del mismo. (fig 8)

Accedemos al interior a través de dos escalones de piedra, en los que seguramente se reutilizaron sillares del tejeroz o de la cornisa de la nave. Al entrar nos damos de frente con la desolación; en un rincón yacen arrumbados los pendones y un estandarte que lucieron en las procesiones y rogativas del Cristo de la Piedad y del Niño Jesús. La cubierta se hace a dos aguas con estructura de madera, hoy seriamente dañada. Podemos decir que los huecos del tejado iluminan más el espacio que las ventanas; los retablos ya sin imágenes amenazan con derrumbarse. Todo el espacio aparece fuertemente encalado, excepto el zócalo que está pintado de color azul, tan típico de muchos de nuestros pueblos. El ábside se cubre con bóveda de horno ligeramente apuntada y el presbiterio con bóveda de cañón

apuntada, apoyadas ambas en una imposta achaflanada. En el lado norte del presbiterio se abre la sacristía, en la actualidad sin cubierta, los escombros bloquean la puerta y nos impiden el acceso.

El arco de triunfo es muy cerrado, como el de San Miguel de Parapescuez o el de Nafría La Llana. Se desarrolla con un doble arco de medio punto con chambrana exterior que se decora con bezantes, caras y motivos vegetales. El arco de ingreso se apoya sobre un cimacio de chaflán que se prolonga por el muro de la nave y dos columnas adosadas sobre podio con capiteles decorados, el del lado de Evangelio con cesta vegetal, y el de la Epístola con dos grifos o dragones afrentados con las cabezas hacia abajo. El solado se cubre con una trama rectangular de tablones. Son las gradas o gradillas de las sepulturas. A mediados del siglo XIX en un apunte se recoge el cargo de rompimiento de sepulturas, en el que aparece el precio de los tres grados de enterramiento y el de párvulos. (fig 9)

A los pies de la iglesia hay dos pequeños habitáculos sobre los que se asienta un coro sencillo y la subida al campanario. En uno de los habitáculos encontramos una pila románica de gallones cóncavos y cenefa vegetal



Figura 9: Interior de la parroquia desde el coro. Foto: *Blas Gonzalo*

apoyada sobre columna y sobre una escalinata circular de doble peldaño. En el otro se guardan las andas del Cristo de la Piedad y del Niño Jesús. También ahí, al lado de los estandartes sobrevive un arcón de madera del año 1891 para la cera de cofradías: “Del niño Jesús” y la “Santa Veracruz”.

Cuando Sebastiana y Celestino, los últimos residentes de La Barbolla, abandonan el pueblo en 1990-91 para residir en Soria, el lugar queda deshabitado; algún año después el párroco de Quintana exigió la llave de la iglesia. Desde entonces, Diócesis y lugareños viven de espaldas. Fue entre 1991, cuando se oficia el último funeral, y 1999, cuando la Diócesis de Osma-Soria decide sacar el mobiliario litúrgico y las imágenes de los tres retablos con los que contó la iglesia, que fueron trasladadas a la nueva parroquia de Santa Bárbara en Soria (benedicida en

diciembre de 1999); el Cristo de la Piedad, escoltado por la Virgen del Rosario, y Santa Bárbara, presiden, a modo de nuevo retablo, la nueva iglesia. Además, en la pequeña capilla del Santísimo se encuentra el imponente sagrario del altar mayor de San Bartolomé.

En el interior, los tres retablos barrocos se encuentran despojados de sus imágenes, como desnudos. Los tres son obra del maestro tallista Lorenzo Forcada Sánchez, que en 1765 realiza el retablo mayor dedicado a San Bartolomé y en 1789 los dos retablos laterales: el del lado del Evangelio, para acoger la imagen de la Virgen del Rosario, y el de la Epístola para el Cristo de la Piedad. En el muro del presbiterio, todavía cuelgan numerosos exvotos que sus devotos dejaron en el lugar para agradecer alguna acción benefactora del Santo Cristo de la Piedad. (figs 10 y 11)



Figura 10: Retablo del Cristo de la Piedad. Foto: *Cándido Las Heras*



Figura 11: Retablo de la Virgen del Rosario. Foto: *Cándido Las Heras*

El investigador Josemi Lorenzo Arribas nos facilitó información sobre los dos libros de fábrica de la parroquia de San Bartolomé: el primero de 1672-1763, y el segundo de 1764 a 1900, que se conservan en el Archivo Diocesano de Osma-Soria. En ellos podemos entrever las vicisitudes de la parroquia. Al principio del primer libro (1674) aparece el cargo por las puertas del cementerio (entendemos que en el atrio), que se hace a un maestro escultor por cincuenta reales. En otra anotación se paga diecisiete reales al herrero de La Revilla por varios trabajos entre los que se encuentra la reparación de las dos

puertas de hierro del cementerio. En estos apuntes, vemos que estos maestros, tanto el cantero Moreno como el herrero Francisco Arivano, realizaron trabajos de clavazón en el retablo, lo que nos indica la existencia de un retablo anterior al ejecutado por Lorenzo Forcada, que tras instalarse el nuevo desapareció. Certifica la existencia de este retablo un apunte de 1685, pues entonces se pagan al maestro Joseph Martínez 230 reales por dorar y encarnar al Señor San Bartolomé y por retocar el retablo del altar mayor. (fig 12)

Andes - Y fenda por su cargo veinte y
 quatro Reales de sueldo que
 se pagado a los colporteros en qua
 no pagas a dou. R. cada año de
 Mo. Conto de las Cartas de pago
 de los colporteros ————— 0 2816

puertas de
cimentario - Y fenda por su cargo cin q.
 Reales que se duron a D.º
 Moreno Maestro escultor por
 aver las puertas para el cimn
 terio y adreucar la Alcazar
 y Clavari por estas de Henca
 Dado como Conto de suca de
 Clavacion y pago ————— 1 0700

servo = Y fenda por su cargo diez y
 siete Reales que se duron a
 Clavacion y manos del hierro
 para Clavar la Puerta de
 los para las puertas de lo imen
 terio que se duron a gran
 adreuo del Ojivano Ruzero de la Puerta — 0 2578

el Dado de la
iglesia - Y fenda por su cargo treinta R.
 de sueldo por un pedazo de la canpa
 maris de la iglesia y Ruzo car
 los poro de la iglesia que se duron } 3 0094

Figura 12: Libro de fábrica, 1674. Archivo Diocesano de Osma-Soria

La suerte siempre le fue esquiva a esta parroquial pues en 2008 el Obispado de Osma-Soria, en colaboración con el Ayuntamiento de Quintana Redonda, se comprometió a intervenir con 24.000 euros. Esta actuación no se llevó a efecto, pero se intentó incluir al inmueble dentro del plan de Recuperación del Patrimonio Soria Románica. Sin embargo, el Proyecto “Soria Románica” desapareció y con él las expectativas de supervivencia de esta pequeña joya. Las grandes crisis nunca favorecieron a los más pobres, este es un ejemplo.

En el interior se aprecia un techo a punto de caer, muchas goteras y las vigas se van pudriendo. Estas vigas tienen que abrazar los muros; si no lo hacen, todo se vendrá abajo. Sin remedio, se convertirá en otra iglesia abierta al cielo, como hoy lo está la sacristía, y los muertos que habitan debajo de sus gradas, la pila bautismal, los estandartes que aún resisten, las pinturas de los retablos, los capiteles... desaparecerán definitivamente. Ahora es el momento de actuar en este inmueble, sin duda un paraíso para los arqueólogos/as y los restauradores/as. Si se actúa a tiempo no repetiremos los errores de San Nicolás, Santa Eulalia, San Bartolomé de Villabuena y tantos otros inmuebles del románico cuyas naves se encuentran sin tejado y al albur del tiempo y de los expoliadores. Mientras se efectúan las correcciones de este artículo nos enteramos de que el retablo del Santo Cristo de la Piedad se ha caído y sus restos ocupan todo el solado de la nave. La restauración de este inmueble tiene que ser ahora. “Hoy es siempre todavía, toda la vida es ahora. Y ahora, ahora es el momento de cumplir las promesas que nos hicimos. Porque ayer no lo hicimos, porque mañana es tarde. Ahora”. Antonio Machado.

La recuperación de esta iglesia puede ser un elemento dinamizador del territorio, que, unido a una posible apuesta para introducir en el pueblo agua corriente y red de alcantarillado, puede hacer regresar a los hijos e hijas de aquellos que emigraron en el pasado en busca de una mejor vida lejos de La Barballa.

Por último, queremos agradecer a Lorenzo Chico y a Cirila Chico Isla y familia que nos ayudaron desinteresadamente a componer este puzzle en que se ha convertido La Barballa. Con ellos pasamos dos tardes memorables en el pueblo que les vio nacer, vivir y crecer.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO ROMERO, J.: (1997) *Barroco y Neoclasicismo en el Burgo de Osma*. Soria: Escuela Superior de Turismo Alfonso X.
- ARCHIVO DIOCESANO DE OSMA-SORIA. Libro de Fábrica de la Iglesia de San Bartolomé de La Barballa. 1672-1763 Ref.192/16 1257; 1764-1900 Ref. 192/17 1257.
- ARCHIVO PARROQUIAL DE QUINTANA REDONDA. Libro de Bautismos, enterramientos y matrimonios de San Bartolomé de La Barballa. Libro IV.
- ARRIBAS HERNÁNDEZ, A. y Otros (2021) Grupo de trabajo sobre despoblados de la provincia de Soria. Asociación de Amigos del Museo Numantino. Soria.
- BLASCO JIMÉNEZ, Manuel (1909): *Nomenclátor histórico, geográfico, estadístico y descriptivo de la provincia de Soria*. IIª edición, Soria. Ed. Tipografía de Pascual P. Rioja.
- CALDERÓN, Faustino: (2009 - 2019) <http://lospueblosdeshabitados.blogspot.com>
<http://lospueblosdeshabitados.blogspot.com/2009/10/la-barballa-soria.html>
- FERNÁNDEZ VÁZQUEZ, Vicente (2019): *La verdad sobre el accidente ferroviario de Torre del Bierzo 1944*. Ponferrada. Instituto de Estudios Bercianos.
- GOIG SOLER, Isabel (2002): *El lado humano de la despoblación*. Centro Soriano de Estudios Tradicionales. Colección los libros del Santero nº 4. Soria.
- HERNÁNDEZ ÁLVARO, Ana Rosa (1984): *La imaginería medieval en la provincia de Soria*. Edita Centro de Estudios Sorianos (CSIC), Soria.
- HERRERO INGELMO, José Luis (1999): *Notas sobre la toponimia del Señorío de Calatañazor (Soria)*. *Toponimia de Calatañazor*. Actas de la Reunión científica sobre Toponimia de Castilla y León, Burgos noviembre 1992.
- LAS HERAS MARTÍNEZ, C.: (2020) *Iglesia de San Bartolomé de La Barballa. (SO) Lista roja de los sentimientos*. <http://www.otrasoria.es/2020/12/la-iglesia-de-san-bartolome-de-la.html>
- MADOZ, Pascual (1846-50): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico*. Edición facsímil de los textos relativos a la provincia de Soria. Edita Ámbito ediciones SA y Diputación de Soria, 1993. Imprime Gráficas Ortega SA Valladolid.
- MARTÍNEZ DÍEZ, G. (1983): *Las comunidades de Villa y Tierra de la extremadura castellana*. Madrid. Editora Nacional.
- MORENO, Miguel (1976): *Biografía curiosa de Soria*. Gráficas Sorianas, Soria.
- PASCUAL DÍEZ, Ana Carmen (1991) *Carta arqueológica de Soria. Zona Centro*. Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Soria.
- SOLÉ, J.: (16 de junio de 2008): Diario de Soria.
- VV. AA: (2002). *Enciclopedia del Románico en Castilla y León*. Soria. Volumen I, Aguilar de Campoo, Fundación Santa María La Real.
- VV. AA: (2001). *Soria Románica. El Arte Románico en la Diócesis de Osma-Soria*. Aguilar de Campoo, Fundación Santa María La Real.
- VV. AA: Blog “Románico sin techo”, <https://n9.cl/romanicosintecho>, entrada “El cielo como techumbre. San Bartolomé de La Barballa. Soria”, en <https://n9.cl/labarbolla>



Ortofoto del entorno de Mazalacete (IGN).

EL DESPOBLADO DE MAZALACETE (CIHUELA)



Vicente ALEJANDRE ALCALDE

El despoblado de Mazalacete está ubicado en el extremo septentrional del término municipal de Cihuela, aproximadamente a 3,5 km de su casco urbano, cercano al límite

con Deza. El ruinoso caserío está emplazado en lo alto de una elevada y amplia loma que aparece enmarcada en sus flancos occidental y oriental por sendos barrancos –Cañada



Barranco del Prado Juncoso a los pies de Mazalacete.

de la Losa, al oeste, y Prado Juncoso, al este—, los cuales se unen al sur de la misma formando el arroyo de la Represa, tributario del río Henar por su margen izquierda, de modo que en la actualidad sólo es posible acceder al lugar con cierta comodidad desde el norte, si bien, en el pasado el enlace con el camino real que discurre a su vera se situaba al este.

La elección del emplazamiento, allá por los siglos alto-medievales, no fue arbitraria pues en los alrededores de este lugar fluyen varios manantiales que garantizan el suministro de agua. Todos ellos descargan del acuífero cretácico de la región, cuyos estratos calizos afloran a retazos bajo las capas detríticas miocenas que configuran la geología del entorno. Fundamentalmente son tres las surgencias que se encuentran en sus cercanías, dos de ellas situadas en el barranco del Prado Juncoso -la fuente homónima y la fuente de la Teja- y una tercera localizada en la cabecera de otro barranco, tributario del anterior. En la cañada de la Losa, hacia la base del cerro, hay también una cuarta surgencia que sólo fluye temporalmente cuando el nivel freático del acuífero está alto.

En conjunto, el caudal que aportan todos estos nacederos no es nada desdeñable; de hecho, en el pasado sus aguas fueron utilizadas para el riego de algunas huertas y otras fincas aldeanas; incluso en la actualidad abastecen del líquido elemento al propio pueblo de Cihuela.

Topónimo árabe y caminero

Mazalacete es el nombre con el que se conoce en la actualidad a este lugar, sin embargo, el topónimo ha presentado ligeras variaciones con el paso del tiempo según reflejan tanto la documentación como la historiografía.

En este sentido, la denominación original, o al menos, la primera que nos aporta la documentación es *Mazalazuet*, pues así aparece nombrado en un documento de finales del siglo XII en el que Martín de Finojosa, abad del monasterio de Santa María de Huerta, reparte con su hermano Muño Sánchez y sus sobrinos Gil y Pedro Garcés, hijos de su her-

mana Teresa, las propiedades familiares en el entorno de la villa de Deza. En dicho reparto corresponden a Martín las tierras de Albalate —otro despoblado situado en término de Cihuela sobre una pequeña prominencia en la margen izquierda del valle del río Henar— que el monje dona al citado cenobio cisterciense. La mención, por partida doble, de *Mazalazuet* se produce al describir los límites de la de Albalate:

Et hec fuit diuisio quam fecerunt; quod dompno abbati Martino cecidit sors partis sue de turre de Alualat en aiuso et de la penella que est tras turrem de Alualat contra Mazalazuet, sicut uertunt aque contra la bega e la bega aiuso usque ad penellam magne ualle, que est super Zuelam, que descendit de Mazalazuet et quomodo transit per media la bega ad alteram partem usque ad riuum ubi cadit aqueductus qui descendit per Pennas Rubias¹.

En el siglo XVIII este poblamiento viene recogido con la denominación de *Mazalazute* tanto en el Catastro de Ensenada de Cihuela como en el inconcluso Diccionario geográfico de Tomás López y en el Nomenclátor de Floridablanca, nombre que también se repite en el Diccionario de Sebastián Miñano. Posteriormente, en el siglo XIX se menciona como *Mazaracete* en diversas fuentes bibliográficas (Diccionario geográfico de Madoz y varios nomenclátors de la época —Manuel Blasco, Obispado de Sigüenza, entre otros—). Curiosamente, es en el informe enviado por el arcipreste de Ariza² a Tomás López donde se ha encontrado por primera vez la forma actual, referencia que se repite, con entrada propia, en el Diccionario de Madoz. En una escritura de compra-venta de este lugar, fechada en el primer cuarto del siglo XX, es nombrado con la variante *Mazalafete*.

Por lo que se refiere a su origen se trata de un topónimo árabe que proviene de *manzīl*-, término que en lenguaje popular deriva en *mazal*-, cuyo significado es parador, posada o venta. Según Asín Palacios, *Mazalacete* equivale a “parador

del señor”. Se trata, por tanto, de un topónimo directamente relacionado con la caminería que haría alusión a la existencia de una venta adyacente al trazado de un antiguo camino, hipótesis que viene corroborada por el cercano topónimo Albalate, igualmente de procedencia árabe, con origen en el término *al-balat* y que significa, precisamente, “el camino”.

Primeras ocupaciones del lugar: Edad del Bronce y época romana

El origen del poblamiento en este lugar es muy antiguo pues los materiales arqueológicos encontrados apuntan a su temprana ocupación durante la Edad del Bronce. Se trata, en este caso, de algunos fragmentos de cerámica elaborada a mano y varias láminas de sílex de sección trapezoidal.

Por otra parte, resulta difícil de interpretar el hallazgo de varios fragmentos de cerámica romana, concretamente de *terra sigillata*, que confirmaría la ocupación del lugar en esta época pero cuya funcionalidad nos es desconocida; no obstante, siendo que el entorno es algo accidentado y, por tanto, no parece tratarse del típico emplazamiento de una villa romana³, quizás podría estar relacionado con el antiguo camino que discurre por sus cercanías, en cuyo caso habría que retrasar en el tiempo su segura filiación medieval.

Asentamiento beréber, siglos IX-XII

En la Alta Edad Media este sector de las actuales provincias de Soria y Zaragoza, encajado entre las medinas de Calatayud y Medinaceli, formaba parte de la frontera que al-Andalus mantenía con el condado, después reino, de Castilla. La documentación de la época nos permite conocer que durante los siglos IX-X esta región fronteriza estaba bajo el control de la tribu beréber de los Banu Mada, quizás estable-

1 *Y esta fue la división que hicieron, cayendo en suerte para el señor abad Martín desde la torre de Albalate hacia abajo y de la peñuela que está al otro lado de la torre de Albalate enfrente de Mazalacete, como vierten las aguas y enfrente de la vega, y de la vega de más abajo hasta la peñuela en un gran valle que está sobre Cihuela, la cual descende de Mazalacete y según atraviesa por medio de la vega hasta la otra parte hasta el riachuelo donde cae el acueducto que descende a través de Peñas Rubias.* Publicado por GARCÍA LUJÁN (1981), doc. 45, pp. 72-74. Nuestro agradecimiento a José Luis Guillén Melús, profesor de latín del IES Leonardo de Chabacier de Calatayud, por habernos ayudado en la traducción del texto original.

2 Las parroquias de Deza y Cihuela pertenecían al arciprestazgo de Ariza, encuadrado en la diócesis de Sigüenza.

3 Las villas romanas de la zona se emplazan principalmente a lo largo del valle del Henar. El enclave de Mazalacete se encuentra a apenas 2,5 km de la villa romana de la Venta del Hambre, situada en el límite municipal entre Deza y Cihuela, y en cuyas inmediaciones se localiza la necrópolis visigoda de Valdecatalán, excavada por Blas Taracena hacia 1930.



Despoblado de Mazalacete (septiembre de 2011).

cida en esta región desde los mismos inicios de la conquista musulmana. Varias citas documentales recogidas en los Anales Palatinos de los califas cordobeses mencionan las fortalezas señoreadas por este clan procedente del Magreb. Se trata de los *busun de al-Sujaira*⁴ (Peñalcázar), *Budiel*, *Banna Ruyya*, *Atiqa* (Ateca) y *Dassa* (Deza). La identificación segura de tres de estos enclaves permite extender la zona controlada por los Banu Mada desde el valle del Jalón, en Ateca, hasta la llanada

que se extiende al norte de Peñalcázar, prolongada hacia la zona del somontano del Moncayo hasta las inmediaciones del asentamiento de Torrambril, localizado en el estrecho del Araviana, al noreste de Noviercas, cuyo topónimo recuerda el nombre del caid beréber, Amril ben Timlit, que con anterioridad al año 974 controlaba esta región bajo el amparo de Córdoba, e incluso hacia el Duero en el caso de que se confirmase la identificación de *Banna Ruyya* con Ribarroja.

4 Puede traducirse como La Peña, denominación con la que se conoce a Peñalcázar entre los habitantes de los pueblos vecinos.



Atalaya islámica.

El poblamiento de Mazalacete⁵ quedaría, por tanto, adscrito al territorio dependiente del hisn de *Dassa*, del que apenas dista 5 km. Se trataría de una pequeña aldea, habitada, muy posiblemente, por gentes beréberes dedicadas a actividades agrícolas y ganaderas. Si bien prevalecería la agricultura de secano, implantada sobre todo en los campos situados al norte del asentamiento, también cabría destacar una incipiente horticultura localizada en el fondo de los barrancos inmediatos y favorecida por la relativa abundancia de agua en sus cercanías.

Los datos arqueológicos recogidos en este enclave prueban la ocupación del asentamiento durante el periodo altomedieval. El material arqueológico determinante es un tesoro de monedas andalusíes encontrado en este lugar en 1956 que desde un primer momento fue depositado en el Museo Arqueológico Nacional, institución en la que se sigue conservando en la actualidad. El total de piezas numismáticas que componían el “tesoro de Cihuela” asciende a 799 ejemplares -753, según SÁENZ-DÍEZ, 1991- entre piezas completas y fragmentadas, si bien algunas de ellas están partidas

5 En esta región es frecuente la reocupación en época islámica de antiguos asentamientos prerromanos.



Monedas andalusíes (Tomado de SÁENZ-DÍEZ (1991)).

y horadadas, e incluso otras son simples recortes. La inmensa mayoría de ellas son de metales nobles, concretamente, 47 son de oro, 165 de electrón (aleación de oro y plata en proporción 4/1) y 585 de plata, sólo 2 son de vellón (aleación de plata y cobre) (DOMÉNECH, 2004). La cronología de las piezas se encuadra tanto en el periodo califal como en el taifal. Entre las monedas califales, principalmente acuñadas en plata, predominan los dirhams de Hixem II, Abderrahmán III, Al Hakán II y los califas hamudíes, incluso las hay también de los califas fatimíes del Norte de África. Las monedas de época taifal, muchas de ellas acuñadas en oro y electrón, proceden de las taifas de Valencia, Toledo y Zaragoza. Las monedas más modernas de todo el conjunto son las emitidas

por Al-Ma'mun, monarca taifa de Toledo que reinó hasta el año 1075, de modo que según Joaquín M. de Navascués y Juan I. Sáenz-Díez el momento de ocultación del tesoro pudo coincidir con la conquista del reino de Toledo por Alfonso VI, acontecimiento ocurrido en 1085 (SÁENZ-DÍEZ, 1991).

Otro elemento significativo de este lugar, en este caso arquitectónico, son los restos de una atalaya de planta circular levantada en mampostería, semejante a las que se localizan en el sector occidental de la provincia de Soria. Está emplazada en el punto más elevado de la loma, erigida sobre una pequeña plataforma artificial de planta cuadrangular, destacando



Oratorio de Nª Sª de Mazalacete.

sobre las ruinas del caserío. La atalaya tiene unos 5 m de diámetro con muros de 1 m de espesor de los que todavía se conserva una altura de unos 4 m, sin embargo la construcción original pudo alcanzar los 8 o 9 m. Como en el resto de atalayas de la época dispondría de acceso en altura que desafortunadamente no se ha preservado. Su estado de conservación es algo deficiente pues presenta una gran abertura que abarca todo el muro, quizás practicada para colocar en ella una puerta de acceso a su interior cuando fue reutilizada como palomar, según delatan las pequeñas oquedades que se pueden apreciar en la cara interior de la construcción.

Respecto a la funcionalidad de dicha obra defensiva puede pensarse en una atalaya óptica de enlace entre fortificaciones de mayor envergadura, sin embargo, su emplazamiento no es el idóneo para cumplir esta finalidad pues no está situada sobre un punto prominente desde el que se controle una amplia extensión de terreno, de modo que es más probable que tuviera una función de vigilancia y protección del camino que discurría por este lugar, vía que no puede ponerse

en duda a juzgar por los dos topónimos camineros, Albalate y el propio Mazalacete, referidos con anterioridad.

Etapas medieval cristiana y moderna, siglos XII-XVII

Una vez que la zona quedó bajo dominio cristiano, primero aragonés, durante apenas unos años y más tarde, y de manera definitiva, castellano, el poblamiento de Mazalacete debió seguir ocupado; sin embargo, los datos documentales que pueden confirmar este hecho son más bien escasos. Precisamente, según se ha indicado con anterioridad, la primera mención documental se produce a finales del siglo XII en las "Partidas de Albalate". Durante el resto de la Edad Media y parte de la Edad Moderna se produce un gran vacío sin noticias sobre él; no obstante, diversas referencias pueden darnos alguna pista para suponer que seguía habitado.

En este amplio intervalo temporal debe encuadrarse el hallazgo de varias sepulturas que se descubrieron en una finca cercana a la que se encontró el tesoro, de las que sólo se tiene noticia a través de fuentes orales, de modo que nada puede aventurarse sobre la cronología de esta necrópolis puesto que se desconoce tanto el número de tumbas como la tipología de los enterramientos.

Por otra parte, tenemos constancia de que en los siglos modernos el ya mencionado camino que discurría entre la población aragonesa de Ateca, junto al Jalón, y la soriana de Almazán⁶ fue recorrido por varios viajeros ilustres que nos han dejado constancia de ello y a pesar de que no mencionen la parada de Mazalacete expresamente no es disparatado pensar que algún que otro viajero pudo descansar aquí. Así, sabemos de varios viajeros que pasaron por la villa de Deza: el embajador veneciano Segismundo Cavalli en 1567, cuyo destino más inmediato no fue Almazán sino Sigüenza; el peregrino portugués Manuel de Ataíde en 1602 y el francés Bartolomé Joly en 1603; y posiblemente el embajador persa Uruch Beq, conocido como Juan de Persia tras su posterior conversión al cristianismo, en 1601, aunque en este último caso sólo tenemos noticia de su paso por Serón (UTRILLA MUÑOZ, 2006).

⁶ Este tramo entre Ateca y Almazán puede considerarse una derivación del camino principal de Zaragoza a Valladolid (ALEJANDRE, 2018 y 2020). Algunos viajeros optaban por tomar esta ruta con el fin de evitar el puerto seco o aduana de Ariza.



Edificios en ruinas (septiembre de 2011).

La granja de Mazalacete, siglos XVIII-XX

A partir de mediados del siglo XVIII volvemos a tener noticias directas sobre este poblamiento al aparecer mencionado en la respuesta que las autoridades de la villa de Cihuela ofrecieron a la pregunta 21^a del *Ynterrogatorio* del Catastro de Ensenada:

A la vigesima prima pregunta dijeron que esta villa se compone de setenta y dos vecinos, incluidos los eclesiásticos, pobres y viudas, conttando dos de estas por uno, y que no hay alquerías ni casas de campo, a excepción de los dos molinos, si es una granja y casa que llaman de Mazalazuete, propia de don Gregorio Carrillo, vecino de la ciudad de Soria, que esta se halla dentro de este termino, sin embargo de que se ha echo operazion separada de ella y sus tierras y responden⁷.

7

Catastro de Ensenada, Respuestas generales, villa de Cihuela, 28 de febrero de 1753. Disponibles en PARES (Portal de Archivos Españoles).

Una nueva mención a esta propiedad la encontramos en el informe que el arcipreste de Ariza envió hacia 1770 a Tomás López cuya finalidad era la elaboración por parte del geógrafo real de un *Diccionario geográfico de España* que desafortunadamente no llegó a concluir. En las anotaciones sobre la villa de Zigueta se dice:

*Siguiendo [hacia] el norte como media legua a la derecha ay una sierra que es señorío de don Gregorio Carrillo y Oviedo llamado Mazalacete, es anexo al curato della y por tanto casa perteneciente al escusado y avitada, ay varios campos y sierra o monte tiene chaparros y rebollos, confronta con lugar del Arzedianado y esta villa*⁸.

La titularidad de dicha granja habría pasado a favor de Gregorio Carrillo como consecuencia de su matrimonio con Paula Yáñez de Barnuevo Miranda, dama perteneciente a una de las dos ramas de los Barnuevo establecidas en la villa de Deza.

Estos dos interesantes apuntes nos hacen sospechar que tanto esta propiedad como su colindante, la casa del Yero, situada en término de Deza y perteneciente a la otra rama dezana de los Barnuevo, formaron parte, en su momento, de una única hacienda familiar adquirida posiblemente cuando dicho linaje se estableció en la villa dezana hacia finales del siglo XV. Posteriormente, al fallecimiento de Francisco Yáñez de Barnuevo Acebes, ocurrido hacia 1615, estas tierras pasaron en herencia a sus hijos, correspondiendo la casa del Yero al primogénito Francisco y la granja de Mazalacete a Diego, tatarabuelo de la mencionada Paula.

Más abundantes son las referencias conocidas sobre Mazalacete durante el siglo XIX aunque no son tan explícitas como las anteriores pues generalmente se limitan a anotar unos mínimos datos. Así se desprende de la consulta de los diccionarios geográficos de Sebastián Miñano y Pascual Ma-

doz en los que se menciona, con entrada propia en ambos, como granja situada en la provincia de Soria, añadiendo en este último que pertenece al término jurisdiccional de Cihuela y posee tres casas y un oratorio propio.⁹ En el Nomenclátor de 1857 se cita como caserío en el que residen 3 vecinos que se corresponden con 12 habitantes. Complementario del anterior es el dato ofrecido en el Nomenclátor de 1860 donde se menciona como casa de labor en la que hay construidos 6 edificios de los cuales solo uno cumple las funciones de vivienda mientras que el resto debían estar destinados a cuadras, graneros o corrales. El Nomenclátor de 1888 lo menciona como caserío en el que hay 4 edificios y está habitado por 12 personas¹⁰.

Afortunadamente, el Nomenclátor del Obispado de Sigüenza ofrece una descripción más detallada al referirse a Cihuela:

*Dentro del territorio de esta villa se encuentran dos granjas agrícolas, llamadas de Albalate y Mazaracete, ambas con oratorio. ... La segunda, distante una bora del pueblo, carece de árboles y solo produce granos, legumbres, algunas bortalizas y vino. Tiene 4 vecinos y en la capilla una campana y varios cuadros de algún mérito artístico, en concepto de los inteligentes. Pertenece al sr. marqués de Soria. Ambos oratorios están dedicados a Nuestra Señora de Albalate y Nuestra Señora de Mazaracete, respectivamente.*¹¹

Comete el autor anónimo de este relato un error al adjudicar la posesión de esta granja al marqués de Soria, en tanto que se trata de un título nobiliario inexistente y cuando en realidad dicha propiedad pertenecía a la familia del marqués de La Vilueña, título que en el momento de la publicación de esta obra (1886) recaía en la persona de Francisco Carrillo Teixeira, tataranieta del anteriormente mencionado Gregorio Carrillo.

8 *Diccionario geográfico de España: Segovia y Soria*. Biblioteca Nacional de España, Ms. 7307, p. 106v.

9 MIÑANO, S. (1826). *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, tomo V, entrada Mazalacete, Imprenta de Pierart-Peralta, Madrid; MADDOZ, P. (1850). *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, tomos VI y XI, entradas Cihuela y Mazalacete, Imprenta de Pascual Madoz, Madrid.

10 *Nomenclátor de los pueblos de España*, provincia de Soria, Imprenta Nacional, Madrid, 1858; *Nomenclátor que comprende las poblaciones, grupos, edificios, viviendas, albergues, etc., de las cuarenta y nueve provincias de España*, provincia de Soria, Imprenta de José María Ortiz, Madrid, 1863-1871; *Nomenclátor de las ciudades, villas, lugares, aldeas y demás entidades de población de España en 1º de enero de 1888, cuaderno cuarenta y uno, provincia de Soria*, Imprenta de la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, Madrid, 1894.

11 *El Obispado de Sigüenza ó sea Nomenclátor descriptivo, geográfico y estadístico de todos los pueblos del mismo por un sacerdote de la Diócesis*. Tip. de Mariano Salas, Zaragoza, 1886.



Escritura de compra-venta de la granja de Mazalacete (1922).

Compra de Mazalacete por algunos vecinos de Cihuela

La propiedad de la hacienda siguió perteneciendo a la familia Carrillo hasta que, finalmente, en 1922 fue adquirida por varios vecinos de Cihuela. La escritura de compraventa fue registrada ante notario en la ciudad de Soria el 26 de octubre de 1922. En ella Joaquín de la Gándara Carrillo¹², como propietario preferente pues poseía siete décimas partes de la heredad, y tres primos suyos, titulares a partes iguales del resto, vendieron el caserío y las tierras de *Mazalafete* a Valeriano Ortega Beltrán y otros cinco vecinos de Cihuela, todos hermanos o cuñados de este último, adquiriendo cada uno de ellos una sexta parte indivisa de la finca.

El mencionado documento mercantil incluye una serie de detalles que sería prolijo presentar en esta breve comunicación de manera que nos limitaremos a ofrecer los más interesantes. La finca lindaba al oeste con la granja de Albalate, al norte con término de la villa de Deza y al sur con el de Cihuela.¹³ Los límites de la finca venían marcados sobre el terreno por un conjunto de catorce mojones consistentes en grandes bloques de piedra caliza de forma pseudoprismática escasamente labrados; sin embargo, en el momento de redacción de la escritura dos de ellos ya figuran como desaparecidos.¹⁴ El perímetro determinado por los mojones ascendía a 5.025 varas conformando un polígono de forma triangular con el vértice superior orientado hacia el este.¹⁵ La extensión total de las tierras enajenadas era de 323 yugadas (el “vareo” era de 3200 varas cuadradas por yugada), 2 cuartas y 625 varas.¹⁶ Interesante resulta la nómina de edificios que conformaban el caserío: una casa de dos pisos siendo utilizado el superior como granero, sin duda la más antigua del conjunto pues era conocida como “la vieja”; un corral con un cobertizo de teja; otras dos casas, unidas entre sí, de dos pisos cada

12 Joaquín de la Gándara Carrillo era hijo de Sebastián de la Gándara Navarro y de Ramona Carrillo Teixeira, hermana del mencionado Francisco Carrillo, marqués de La Vilueña.

13 Estas lindes se indican en el texto de la escritura como sur, oeste y este, respectivamente; sin embargo, basta con consultar un mapa actual para comprobar que se trata de un error.

14 Los doce mojones existentes en 1922 siguen en su ubicación original en la actualidad, de los cuales nueve siguen en pie y tres se encuentran tumbados.

15 El contorno perimetral era, por tanto, de 4.200 m (1 vara castellana = 0,8359 m).

16 Esta superficie equivale aproximadamente a 72,5 ha (1 vara cuadrada = 0,6987 m²).



Mojón que marcaba los límites entre Albalate, Mazalacete y la villa de Deza.

una de ellas que se utilizarían como viviendas; un granero; una ermita; un pajar y un palomar “de torre cilíndrica”.¹⁷

A consecuencia de esta compraventa el caserío debió de quedar deshabitado durante gran parte del año y sólo en los meses de verano, cuando las faenas agrícolas pro-

pias de dicha estación así lo aconsejaban, residirían allí de manera continuada sus nuevos propietarios. Unas décadas después se produjo un incendio en el caserío quedando afectados algunos edificios, aunque aún quedaron útiles una vivienda y otras dependencias anexas. Al cabo de unos años, sin embargo, el caserío quedó abandonado de ma-

¹⁷ *Escritura de compra-venta otorgada por don Joaquín de la Gandara y Carrillo y otros, a favor de don Valeriano Ortega Bertrán y otros.* Notaría de don Benedicto Blázquez y Jiménez, Soria, 26 de octubre de 1922. Nuestro agradecimiento a Jesús Latorre Ortega, vecino de Cihuela, por habernos facilitado una copia de dicha escritura.



Despoblado de Mazalacete (Primer vuelo americano, 1946-1947, IGN).

nera definitiva. A pesar de que en la tradición oral no se recuerda la fecha de este infortunado desenlace podemos aventurar que éste se produjo hacia la década 1950-1960, pues si bien en la fotografía aérea del vuelo americano de 1946 los tejados de los edificios, salvo el de la ermita,

están en su lugar, en la del vuelo de 1956 algunos de ellos aparecen hundidos. En la actualidad la ruina y el abandono imperan en el lugar y sólo un cartel informativo referente a la atalaya islámica recuerda su pasado.

BIBLIOGRAFÍA

ALEJANDRE, V. (2011). *Deza, entre Castilla y Aragón*. Diputación Provincial de Soria.

- (2014). *El Sistema defensivo musulmán entre las marcas Media y Superior de al-Andalus (Siglos X-XII)*. Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud.
- (2018). “Caminería histórica de la Comarca de Calatayud: Caminos de Ateca a Soria y Almazán.” *Cuarta Provincia*, 1: 53-75.
- (2020). *Caminos y Caminantes por tierras sorianas. Aproximación a la caminería histórica de la provincia de Soria*. Edición del autor.

ASÍN PALACIOS, M. (1944). “Contribución a la toponimia árabe de España.” *Publicaciones de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, serie B, núm. 4*.

DOMÉNECH BELDA, C. (2004). “La moneda fatimí y su relación con al-Andalus.” *Cuadernos de Medinat al Zahra*, 5: 339-354.

GARCÍA LUJÁN, J.A. (1981). *Cartulario del Monasterio de Santa María de Huerta*. Diputación Provincial de Soria-Monasterio de Santa María de Huerta.

NAVASCUÉS, J.M. (1961). “Tesoro de Cihuela.” *Numario Hispánico*, 10:173-175.

— (1963). “Tesoro de Cihuela (Soria).” *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales, 1958-1960*: 81-83.

SÁENZ-DÍEZ, J.I. (1991). “El hallazgo numismático hispano-árabe de Cihuela (Soria).” *Soria Arqueológica*, 1: 231-244.

UTRILLA MUÑOZ, R. (2006). “La embajada del shah Abbas I “el Grande” y su escala en Serón de Nágima (Soria).” *Revista de Soria*: 54: 63-76.



Torreón de La Pica. Foto aérea: *Marka Diseño y Publicidad*

LOCALIZACIÓN DE LOS DESPOBLADOS EN LA PROVINCIA DE SORIA





AREVACON

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DEL MUSEO NUMANTINO